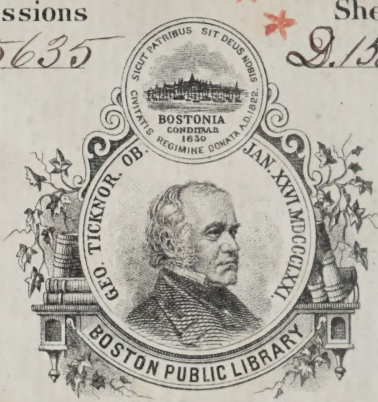
Accessions
115635
Shelf No.
9.150a.47



BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec.d Apr. 26.th 1871.

SUUM CUIQUE.

F. 5.

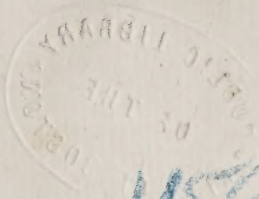
POESIAS

DE

D. MANUEL JOSEF

QUINTANA.

D.150a
.47



115635
6.5.

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Boston Public Library

https://archive.org/details/poesiasdedmanuel00quin

A MI AMIGO

DON TORIBIO NUÑEZ.

A nadie con mas razon que á tí deben dirigirse estos ensayos, frutos de una aficion desmedida hácia la Poesía, tal vez equivocada con el verdadero talento. Tú fuiste mi compañero en mis primeros estudios: tus consejos, dictados por el gusto fino y recto que te distingue, me han sostenido y dirigido en casi todas mis tareas; y tu amistad, jamas desmentida ni debilitada, me ha acompañado en mis alegrías, consolado en mis tristezas, y mirado con indulgencia en mis errores.

El libro que te presento es muy pequeño: pero tal qual es, basta para mi reputacion si tiene mérito, y sobra para mi vergüenza si carece de él. ¿Cómo, por otra parte, podria yo aspirar á empresas mas importantes, y á darles aquella perfeccion que solamente consiguen á fuerza de

descanso y desahogo los talentos mas felices? Una complexíon delicada que el trabajo agovia y destruye, una sujecion continua á ocupaciones muy agenas de la amenidad de las Musas, son circunstancias poco favorables para cultivarlas con fruto; y el templo de la gloria se presenta á mis ojos harto distante, y rodeado de obstáculos, para presumir que mis débiles fuerzas puedan romper por todos ellos, y llevarme hasta él.

Á falta pues del interes y perfeccion que estas composiciones tendrian si otro las hubiese hecho, he creido que debia respetar bastante al público y á mí mismo, para no mezclar con ellas los géneros que excitan la severidad por su malignidad ó por su baxeza. Estoy persuadido de que si los poetas hubieran tenido mas cuenta con la dignidad de su arte, no hubieran caido en la degradacion vergonzosa de que se les acusa. Ellos fuéron los primeros maestros de los hombres; y el ta-

lento divino de pintar en verso no debió emplearse jamas sino en dar atractivos á la verdad, y exáltar los ánimos al bien y á la virtud.

Pero á despecho de una profesion y destino tan sublimes, los unos sitiáron y cansáron al poder con el humo denso de las alabanzas mas groseras [1]*: otros se empleáron en sátiras mordaces y en trobas indecentes; y muchos, vistiendo á las Musas de bacantes, las ocupáron en escandalizar la modestia y las costumbres. ¿Qué mucho en tal caso, que el sabio al ver este desórden relegase la Poesía al último lugar de su estimacion, ó al primero de su desprecio?*

A excepcion de algunos pocos versos

1 *De todos los abusos que se hacen del talento poético, este sin duda es el mas vil. La adulacion es á la alabanza lo que la hipocresía á la virtud; y yo jamas he leido sin avergonzarme esta severa expresion de un orador del siglo pasado:* Es triste para los poetas haber tenido en todos tiempos el privilegio de adular, sin advertirlo ellos, y sin que los demas se lo extrañen.

destinados á pintar los sentimientos tiernos que ocupan la juventud, no creo que los demas que van en este libro sean agenos de la gravedad mas austéra. Los objetos que ofrecen al público estas Poesías, son los afectos que nacen de la amistad, la admiracion que inspiran la hermosura y los talentos, el entusiasmo que encienden los grandes espectáculos de la naturaleza, la indignacion hácia toda especie de baxeza que profane la dignidad de las artes; en fin, la exáltacion por la gloria y por los descubrimientos que ennoblecen la especie humana. Es verdad que hay mucha distancia de escoger bien un asunto á desempeñarle bien: sé quan pocas son mis fuerzas para la mayor parte de los que he manejado; pero al fin, aunque el buen gusto y la crítica literaria me condenen, el juicio y la moralidad deberán ser mas indulgentes conmigo.

Mas en el caso de que estas obrillas merezcan algun aprecio, la gloria de ello

pertenecerá en primer lugar á los autores que en estos últimos tiempos me han precedido en la carrera. No necesito nombrártelos: tú los conoces, y sabes de quanto auxílio me han sido todos. Asi, lejos de aspirar á la preferencia, ó de querer eclipsar á nadie, me tendria por dichoso si mis versos no se contemplasen indignos de los exemplos que ellos me han dado, y del tiempo en que se han escrito.

Tal vez pudieran esperar una acogida favorable, si fuesen recibidos de la misma manera que lo han sido ya algunos de ellos; pero conozco la diferencia de fortuna que hay ordinariamente entre las primeras tentativas de un escritor, y sus empresas posteriores. Una composicion suelta, un corto número de versos, no excita los zelos de nadie, y por poco mérito que tenga, todo el mundo se honra en reconocerle y aplaudirle. Mas si este mismo autor antes alabado y consentido se atreve á publicar un libro, ya en tal caso la severidad

de sus jueces se aumenta en la proporcion misma que creció su ambicion. Los artistas ven en él un rival peligroso si tiene talentos, un temerario si carece de ellos: entonces la crítica se levanta á señalar sus defectos, la envidia á exágerarlos, y la pereza orgullosa se complace en condenarle y en nivelarle consigo [1].

Esta es la historia de quantos escritores ha habido: malos, medianos, buenos, excelentes, todos pasan por ella; y sin embargo nadie escarmienta en el naufragio ageno, y tal vez ni en el suyo propio. Es fuerza que el ansia de reputacion que devora á los hombres que cultivan las letras

1 „*En otro tiempo no solo estaba seguro de recompensa el que sobresalia, sino que jamas se dexaban sin alabanza las generosas tentativas; y aunque los honores del triunfo eran de los generales, habia tambien coronas reservadas para los soldados. Ahora los que han llegado á la cima del Parnaso procuran precipitar de ella á los otros; y gobernados por el amor propio, poseidos de los zelos, los poetas se hacen la mofa de los necios por sus debates.*"

POPE.

sea bien irresistible, quando tantos peligros y sinsabores no la amortiguan.

Paréceme, sin embargo, que los que en literatura hacen profesion de maldicientes, y aspiran por medio de sarcasmos á castigar en los autores la ambicion de sobresalir, no logran jamas humillarlos tan completamente como desean. El amor propio de los que escriben se rebela contra el amor propio de los que critican; á los malos autores consuela el exemplo de los buenos zaheridos y mofados tambien como ellos; y á los buenos el conocimiento de sus propias fuerzas, que los pone á cubierto de la rabia insensata de sus contrarios.

Bien comprehendes que yo no hablo aquí de los críticos propiamente tales, como son considerados Aristóteles, Quintiliano y Longino entre los antiguos, y otros que en los siglos modernos han seguido gloriosamente sus huellas: los quales de la observacion de la naturaleza y de la contemplacion de los modelos han deducido los prin-

cipios del buen gusto y de la sana crítica. Hablo de esta especie de hombres, que segun la graciosa expresion de Beaumarchais, hacen profesion de pescar lo malo en las obras de otros; *que se complacen en las heridas que presumen hacer en el amor propio de los que atacan; y que á manera de espadachines quieren hacerse famosos á costa de ser infames.*

Estos entes ridículos son los que han desacreditado las letras por la parcialidad de sus juicios, la inconstancia de sus opiniones, y el descaro de sus censuras. ¡Quanto tiempo no han malgastado los buenos autores para responder á sus desatinados ataques! ¡quantas veces irritados y fuera de sí con la injusticia han salido de los límites de moderacion y dignidad que su mismo mérito les prescribia, y han escandalizado al mundo con el espectáculo de sus querellas! Tú sabes que en nuestras primeras lecturas al ver esta miserable degradacion del talento no la po-

diamos comprehender. Quando la tragedia del Cid, *ó la de* Zayra, *estaban hechas, nada tenian que añadir sus autores á los sublimes esfuerzos que les habia costado su execucion. ¿Qué importaba despues que Jorge Escuderi ó Juan Freron empeñados en desacreditarlas delirasen mas ó menos? Los aplausos del mundo aniquilaban aquella pretension ridícula, y los dos primeros poetas de su tiempo no debiéron degradarse jamas contendiendo con unos insectos viles é infelices.*

¡Oh amigo mio! yo bien sé quan lejos estoy de semejantes modelos; pero sé que esta misma desigualdad me prescribe mayor moderacion. Asi, me he prometido á mí mismo, y lo he cumplido hasta ahora, de no entrar jamas en ninguna de estas contiendas impertinentes, en las quales aun quando se tenga razon, poquísimas veces se tiene juicio. Si en esta pequeña coleccion hubiese algun mérito, el voto de los inteligentes que esten de buena fe me

Al Sueño..... 119
Despedida de la Juventud..... 123
Á Elmira..... 129
En la muerte de un Amigo..... 133
Á Guzman el Bueno..... 139
Á la invencion de la Imprenta..... 147
Á una Señora, presentándole una obra de Escultura consagrada á su beneficencia..... 157
Notas..... 163

FRAGMENTOS

DE UNA TRADUCCION

DEL PASTOR FIDO.

I.

EXHORTACION QUE HACE LINCO Á SILVIO PARA QUE DEXE LA CAZA Y SE OCUPE EN AMAR.

Dime: si en esta tan alegre y bella
Estacion, que renueva el mundo todo,
Vieses en vez de florecientes valles,
De verdes prados y vestidas selvas
Estarse el fresno y el abeto y pino
Sin su usada frondosa cabellera,
Sin verdura los prados,
Sin flores los collados;
¿No dixeras tú, Silvio, el mundo ahora

Se marchita y desmaya?
Pues la sorpresa y el horror que entonces
De tan extraña novedad tuvieras,
De tí mismo la ten: diónos el cielo
Vida y costumbres á la edad conformes:
Y asi como el amor nunca conviene
Á pensamientos canos,
Asi la juventud de amor contraria
Contrasta al cielo, y á natura ofende.
Mira en torno de tí: ¿ves la hermosura
Que adorna, Silvio, el universo ahora?
Ella es obra de amor: ama la tierra,
Ama tambien el mar, aman los cielos:
Aquella que allí ves luciente estrella,
Del alba precursora,
Bella madre de amor, de amores muere,
Y enamorada luce y enamora:
Mirala envuelta en esplendor y en risa;
Quizas en este punto el dulce seno
Dexa del caro amante y sus delicias.
En bosques y florestas
Aman las fieras, y en las ondas aman
Las orcas graves, y el delfin ligero.

El paxarillo aquel, que dulcemente
Canta, y lascivo vuela
Ya del haya al abeto,
Ya del abeto al mirto,
Si espíritu tuviese, y voz humana,
Yo me abraso de amor, exclamaria.
Mas bien lo siente, y en su voz lo dice,
Que su amada le entiende; y le responde:
Á mí el fuego de amor tambien me inflama.
Brama el toro en el campo, y quando brama,
Al blando juego del amor convida:
El leon en el bosque
Ruge, y aquel rugido
Es solo de su amor dulce gemido.
Todo en fin ama, ¡oh Silvio! ¡y Silvio solo
En cielo, en mar y en tierra,
Será alma sin amor ni sentimiento!
¡Oh! dexa ya las selvas,
Simple zagal.....

II.

CUENTA ERGASTO Á MIRTILO LA CAUSA DE LA PESTE CON QUE DIANA DESOLABA Á LA ARCADIA.

Te contaré la dolorosa historia
De nuestros males, que arrancar pudiera
Llanto y piedad á las encinas duras,
No solo á humanos pechos: en el tiempo
Que el sacerdocio santo era obtenido
Por jóvenes tambien, hubo un mancebo,
Noble pastor, y Sacerdote entonces,
Llamado Aminta; el qual amó á Lucrina,
Ninfa gentil á maravilla y bella,
Pero soberbia á maravilla y falsa.
Mostróse ella gran tiempo agradecida,
Ó lo fingió con vanas apariencias
Al puro afecto del amante jóven,
Y sustentóle de esperanzas falsas,
Mientras que el infeliz rival no tuvo.
Mas no bien fue de rustico mozuelo
Mirada la inconstante, quando al punto,

Sin defenderse á su primer suspiro,
Al nuevo amor abandonóse toda,
Antes que el mal se sospechase Aminta.
¡Mísero Aminta! que esquivado luego
Fue, y despreciado tanto, que ni verle
Ni escucharle jamas quiso la impia....
Pues como al fin tras el amor perdido,
Quejas tambien y lágrimas perdiese,
Vuelto, rogando á la gran diosa: „¡oh Cintia!
Dixo, si ya con inocentes manos
Y puro corazon el sacro fuego
En tu altar encendí, venga la llama
Que la pérfida ninfa en mí ha vendido."
Oyó Diana el llanto y las plegarias
Del fiel amante, su ministro amado:
Pues respirando en la piedad la ira,
Acrecentó la cólera, y cogiendo
El arco omnipotente, lanzó al seno
De la mísera Arcadia inevitables
Y ocultos dardos de espantosa muerte.
Sin piedad, sin socorro perecian
Gentes de toda edad, y de ambos sexôs:
Era tarda la fuga, el arte inútil,

Vano el remedio; y antes que el doliente,
El médico infeliz morir solia.
Una sola esperanza en tantos males
Quedó, y fue el implorar su auxîlio al cielo:
Consultado el oráculo, respuesta
Dió, clara sí, pero funesta y triste:
Que Cintia estaba airada, y aplacarse
Solo pudiera si la infiel Lucrina,
Ú otro de nuestra gente en lugar suyo,
En holocausto presentado fuese
Por las manos de Aminta á la gran diosa.
Ella en vano lloró, y esperó en vano
De su nuevo amador ser socorrida:
Que al fin, llevada con solemne pompa,
Fue miserable víctima á las aras:
Donde á los pies de su ofendido amante,
Á aquellos pies de quien seguida en vano
Ya tanto fue, las trémulas rodillas
Dobló, esperando su infelice muerte
Del mancebo cruel. Aminta entonces,
Intrépido desnuda el sacro acero,
Y en su rostro inflamado parecia
Que el furor y venganza respiraban.

Á ella vuelto despues dixo, lanzando
Un gran suspiro, anunciador de muerte:
„Aprende en tu miseria, infiel Lucrina,
Qual amante seguiste, y qual dexaste;
Contempla en este golpe." Al decir esto
Clavó el cuchillo por su mismo seno,
Y cayó sin aliento en brazos de ella,
Víctima y sacerdote á un tiempo mismo.
Á tan fiero espectáculo pasmóse
La mísera doncella; pero al punto
Que recobró la voz y los sentidos
Dixo llorando: ¡Oh fiel, oh fuerte Aminta!
¡Oh amante, que tan tarde he conocido,
Y me has dado muriendo vida y muerte!
Si fue culpa el dexarte, ora la enmiendo
Eternamente uniéndome contigo.
Y esto diciendo, desclavó el cuchillo
Teñido aun con la caliente sangre
Del tarde amado enamorado pecho,
Y atravesando el suyo, moribunda
Sobre Aminta cayó, que aun no bien muerto
De aquel golpe fatal suspiraria.
Tal fue de ambos el fin.....

III.

CORISCA.

¿Quién ha visto jamas, ni quién ha oido
Mas extraña pasion, mas importuna,
Ni mas loca tambien? ¿Quién en un pecho
El odio á un tiempo y el amor unirse
Con temple tan sutil, que uno por otro
Se dilata y estrecha, y nace y muere?
Si desde el pie gallardo hasta el semblante
Miro yo la belleza de Mirtilo;
Si sus modales y su hablar contemplo,
Y su hermoso ademan, y sus miradas,
Me asalta amor con tan violento fuego,
Que toda yo me abraso, y me parece
Que vence esta pasion todas las otras.
Mas si despues contemplo el obstinado
Amor que tiene á otra muger, y pienso
Que de mí no se cura, y que por ella
Desprecia mi beldad idolatrada
De mil almas y mil, tanto le esquivo,

Y le aborrezco tanto, que imposible
Se me hace haberle alguna vez amado,
Y que ardiese por él el pecho mio.
Me digo asi tal vez: ¡oh si pudiese
Gozar de mi dulcísimo Mirtilo,
Tal que yo sola le tuviese, y nadie
Le poseyese nunca! ¡Oh mas que todas
Feliz Corisca! Y en aquel momento
Un ímpetu en mi seno se despierta,
Y hácia él tan dulcemente me arrebata,
Que á sus huellas seguir, y á suplicarle,
Y á descubrir el corazon camino.
¿Qué mas? asi me punza este deseo,
Que si pudiera ser le adoraria.
Por otra parte me revuelvo y digo:
¡Un soberbio, un esquivo, un desdeñoso,
Uno que á amar otra muger se atreve,
Un hombre que me mira y no me adora,
Y asi de mi semblante se defiende
Que no muere de amor! ¡Yo que debia.
Como á tantos he visto, verle ahora
Abatido y lloroso á los pies mios,
Abatida y llorosa á los pies suyos

Podré verme caer! Y en esta idea
Ira tal, y tal cólera concibo
Contra él, y contra mí, por haber vuelto
Á mirarle la vista, el pecho á amarle;
Que odio mas que la muerte el amor mio,
Y el nombre de Mirtilo, y le quisiera
Ver el mas infeliz, mas afligido
Pastor que hubiese; y si le viera entonces,
Con mis manos allí le mataria.
Asi el odio y amor, ira y deseo
Se combaten á un tiempo; y yo, que he sido
La llama de mil almas hasta ahora,
Y el tormento de mil, ardo y suspiro,
Y pruebo en mi dolor el mal ageno.
Yo, que allá en la ciudad por tanto tiempo
De amantes gentilísimos servida
Fui siempre insuperable, y burlé siempre
Todas sus esperanzas y deseos;
Ya de un rustico amor, de un vil amante,
De un zagalejo humilde soy vencida.
¡Oh Corisca infeliz! en este punto
Si desprevista de amador te vieras,
Di: ¿qué fuera de tí? Dime, ¿qué harias

Para calmar tu enamorada rabia?
Aprendan á mi costa hoy las mugeres
Á conservar y á acumular amantes.
Si ni otro bien ni pasatiempo alguno
Que el amor de Mirtilo yo tuviese,
¡Cierto que rica de galan me viera!
Mil veces simple la muger que á un solo
Amante llega á reducirse: ¡oh! nunca,
Nunca tan necia se verá á Corisca.
¿Qué es constancia? ¿qué es fe? fábulas vanas,
Nombres imaginados por zelosos
Para engañar las simples doncelluelas.
La fe en el pecho de muger, si acaso
Fe en hembra alguna aposentarse puede,
No es bondad, no es virtud; es una dura
Necesidad de amor, ley miserable
De menguada beldad que ama á uno solo,
Porque amada de muchos ser no puede.
Muger bella y gentil, solicitada
De muchedumbre de amadores dignos,
Si á uno se acerca, y los demas despide,
Ó no es muger, ó si es muger es necia.
¿Qué vale la beldad quando no es vista,

Y si vista no amada, y si es amada
Amada de uno solo? que en el mundo
Quanto mas dignos y freqüentes sean
De una muger los amadores, tanto
La fama crece y alabanza de ella,
Y su esplendor y gloria se aseguran
En tener muchos. Las discretas damas
Asi vivir en las ciudades suelen;
Y las que son mas bellas y mas grandes
Con mayor libertad: siempre es entre ellas
Despedir un amante gran locura:
Hacen muchos asi, lo que uno solo
Quizá no hará: quien para dar es bueno,
Quien á servir, quien á otra cosa es util;
Y sucede tal vez que sin saberlo
Lanza el uno los zelos que dió el otro,
Ó los despierta en el que no los tuvo.
De esta manera en las ciudades viven
Las mugeres ilustres, donde un dia
Yo aprendí el arte del amor, guiada
De mi espíritu mismo, y del exemplo
De una dama gentil que me decia:
Es preciso tratar á los amantes

Qual si fuesen vestidos: tener muchos,
Uno ponerse, y remudarlos todos:
Que el largo conversar causa fastidio,
Y el fastidio desprecio, y odio al cabo.
Es grande error, Corisca, que una dama
Llegue su amante á fastidiar: tú cura
De que aquel que soltares, salga siempre
Quejoso, y no cansado. Y asi siempre
He procedido yo: gusto tenerlos
En grande copia, entretener los unos
Con los ojos, los otros con las manos;
Pasar al pecho el que mejor me agrada,
Y al interior del corazon ninguno.
¡Mas ay! que de esta vez yo no sé como
Ha venido Mirtilo, y me atormenta
Tanto, ¡infeliz! que á suspirar me obliga,
Y á suspirar de veras: y negando
Á mis cansados miembros el sosiego,
Tambien yo aprendo á desear la aurora,
Tiempo oportuno á los amantes tristes.
Y heme por esta selva solitaria
Andar buscando la adorada huella
De mi enemigo. ¿Qué te harás, Corisca?

¿Le rogarás? el odio no lo quiere,
Aunque lo quiera yo: ¿le huirás? Ni aquesto
Lo consiente el amor, aunque debiera
Tal vez hacerlo asi. ¿Pues qué resuelves?
Las súplicas primero y los halagos
Abrirán el camino, y descubierto
Le ha de ser el amor, mas no la amante:
Si esto no basta, acudiré al engaño;
Y si ni este tampoco, memorable
Venganza hará la cólera.....

IV.

EL SÁTIRO.

Qual yelo á plantas, sequedad á flores,
Á ciervos red, á paxarillos liga,
Granizo á espigas, y gusano á trigo,
Asi contrario amor fue siempre al hombre;
Y quien fuego le dixo, conocia
Su natural tan pérfido y malvado:
Pues si el fuego se mira, ¡oh como es bello!

Y si se toca, ¡oh que cruel! El mundo
Mas espantoso monstruo no conoce:
Como fiera devora, y como acero
Punza y traspasa, y como viento vuela;
Y donde afirma la imperiosa planta
Toda fuerza y poder cede á su fuerza.
No de otro modo amor, que si le miras
Ya en bellos ojos, ya en cabellos de oro,
¡Oh qual gusta y deleyta! ¡oh qual parece
Que solo paz respira y alegria!
Mas si te acercas mucho, y si le pruebas,
Si comienza á bullir, y luego crece,
No tiene tigre Hircania, ni la Libia
Leon tan fiero ó pestilente sierpe,
Que en fiereza le venza, ó se le iguale:
Crudo mas que la muerte y que el infierno,
Contrario á la piedad, ministro de ira,
Y finalmente amor de amor desnudo.
¿Mas para qué hablo de él? ¿por qué le culpo?
¿Es él la causa de que el mundo ahora
Amando no, mas delirando peca?
¡Oh femenil perfidia! á tí se impute
De la infamia de amor toda la culpa.

De tí sola, y no de él, viene y se engendra
Quanto de duro y de malvado tiene:
Pues él de suyo blando y apacible,
Al punto pierde su bondad contigo.
Tú no le dexas penetrar al pecho,
Y de pasar al corazon las vias
Le cierras todas: por defuera solo
Le adulas y le halagas; y es tan solo
Tu cuidado, tu pompa y tu deleyte,
De un afeytado rostro la corteza.
No son tus obras ya, ni ya te empleas
En pagar con tu fe la fe de amante,
En luchar en amar con quien te ama,
Hacer de dos un corazon tan solo,
Y en una voluntad unir dos almas.
Pero te ocupas en teñir con oro
Un cabello insensato, ornar la frente
Con una parte de él envuelta en nudos.
Y lo demas en red entretexido
Prender el corazon de mil incautos.
¡Oh quan indigno á un tiempo y fastidioso
Es el verte tal vez con los pinceles
Pintarte las mexillas, y las faltas

De natura y del tiempo andar borrando!
¡Hacer se torne en púrpura brillante
La triste amarillez, blanco lo negro,
Las arrugas lisura, y un defecto
Quitar con otro, y aumentarle acaso!
Y esto es nada, aunque tanto: son iguales
Á las obras, costumbres y caricias.
¿Qué cosa tienes tú que no sea falsa?
Si abres la boca, mientes: si suspiras,
Mentido es este suspirar: si mueves
Hácia alguno los ojos, la mirada
Es mentida tambien; todos tus actos,
Todo ademan, y lo que en tí se mira,
Y lo que no se mira, hables ó pienses,
Andes ó llores tú, cantes ó rias,
Todo es mentira, y aun aquesto es poco.
Vender mas bien á quien mejor se fia;
Al mas digno de amor amarle menos;
Y aborrecer la fe mas que la muerte:
Tales las artes son que hacen tan crudo
Y tan perverso á amor. Tuya es la culpa,
¡Oh pérfida muger! de sus delitos;
Ó lo es mas bien de quien de tí se fia.

En mí la culpa está, que te he creido,
Corisca perfidísima y malvada,
Aquí tan solo por mi mal venida
De las regiones luxuriosas de Argos,
Donde la liviandad tiene su imperio.
Mas tú finges tan bien, y eres tan diestra
En mentir tus costumbres y palabras,
Que con las mas honestas ora unida
La fama del pudor anda contigo.
¡Oh quanto afán he sostenido! ¡oh quantas
Ignominias por ella! ¡oh como ahora
Me arrepiento de todo, y me avergüenzo!
Aprende, incauto amante, de mi pena
Á no adorar qual ídolo un semblante:
Que la muger idolatrada es cierto
Un númen infernal: de su belleza
Se lo presume todo, á fuer de diosa
Sobre tí, que te humillas, elevada,
Como cosa mortal te tiene en menos:
Que ser por su valor ella se cree,
Lo que la finges tú por tu vileza.
¿Para qué tanta esclavitud y tantos
Ruegos, suspiros, llantos? Estas armas

Úsenlas, sí, los niños y mugeres,
Mas nuestros pechos, aun amando, sean
Fuertes y varoniles: hubo un tiempo
En que pensaba yo que suspirando,
Y llorando, y pidiendo, en pecho de hembra
La llama del amor se despertase.
Ora lo advierto, erré: que si ella tiene
El corazon de pedernal, es vano
El intentar con lágrimas suaves,
Ó con el blando aliento de un suspiro,
Hacerle echar centellas, si el acero
De un rígido eslabon no le combate.
Por tanto dexa el suspirar y el llanto,
Si el logro quieres de tu amor, y si ardes
Con fuego inextinguible; allá en el seno
De ese tu corazon mas escondido
Tu afecto oculta, y executa á tiempo
Lo que natura y el amor enseñan.
Pues la virtud de la modestia solo
En el semblante la muger la ostenta,
Y es grande error el que al tratar con ella,
La tengas tú jamas; pues aunque tanto
La usa con los demas, consigo usada

La tiene en odio, y en su rostro quiere
Que la mire el amante, y no la emplee.
Con esta ley tan natural, si amares,
Tendrás gusto en tu amor: no ya Corisca
Á mí me encontrará tierno y rendido,
Sino fiero enemigo, que con armas
De un hombre de valor, no femeniles,
En crudo asalto la herirá. Dos veces
Cogí ya esta malvada, y no sé como
Se me fue de las manos; mas si llega
Por la tercera vez al mismo paso,
Ya yo la pienso asegurar de modo
Que escapar no podrá. Por estas selvas
Suele á veces vagar, y yo venteando
Como sagaz sabueso, ando tras ella:
¡Oh que terrible estrago y que venganza
Si la cojo he de hacer! Yo haré que vea
Que llega alguna vez á abrir los ojos
El que fue ciego, y que por mucho tiempo
No ha de vanagloriarse en sus perfidias
Una muger sin fe y engañadora.

Á LUISA TODI.

¿Qué se negó de la falaz Armida
Al mágico poder? Su voz sonaba;
Y el báratro profundo
De sus lóbregos senos alanzaba
El tremendo esquadron que la servia.
Viérase al punto de infernal veneno
Toda inundarse en derredor la esfera;
Arder el rayo y retumbar el trueno;
La rápida carrera
Suspenderse del sol; bramar los vientos;
En sus hondos cimientos
Estremecerse el mar; y mal segura
La tierra contrastada,
De sus exes eternos desquiciada.

Mas quando al fin enamorada y ciega
El corazon indómito rendia,
Y de perder su amante rezelosa
En los fines del orbe le escondia;
Ya no era entonces la espantosa maga,
Era ya una deidad. El polo yerto

Ostentóse cubierto
Con el manto de Flora:
Por los fecundos prados
Las fuentes murmuraban,
Y de esencias bañados
Los céfiros jugaban con la flores:
Volaban los amores,
Las gracias y el deleyte en pos de Armida.
Y ella entretanto, de Rinaldo asida,
El coro de las aves escuchaba,
Que al placer y al amor la convidaba.

Tal fue entonces Armida; y tal ahora
Tú, ó poderosa Todi, la presentas
Ya en ternura y delicias anegada,
Temerosa despues, y al fin furiosa,
Viendo su gloria y su beldad hollada.
¡Invencion celestial! No, no es Armida
La que asi nos enciende,
Y el agitado espíritu suspende:
El mentido poder, que por su encanto
Tuvo en los elementos confundidos,
Hoy en nuestros sentidos

Lo alcanza el arte, y lo renueva el canto.
¡Soberana armonía!
¿En qué sus dulces y halagüeñas flores
Mas bien que en tus loores
Esparcir deberá la poesía?
Pero ¿cómo en su vuelo
La poderosa voz seguir podria,
Que pasma al mundo y maravilla al cielo?
Ella parte suave:
Y ora orgullosa y grave
Del espacio los ámbitos domina;
Ora en quiebros dulcísimos se pierde
Y delicada trina;
Ora sube al olimpo, ora desciende,
Y ora como un raudal rico y sonoro
Vierte súbitamente en los oidos
De su riqueza armónica el tesoro.

Sola la admiracion enmudecida
Seguirla puede en su veloz carrera:
¿Y do ha vivido el corazon de fiera,
Que se negase esquivo
De su expresion celeste al atractivo?

¡Oh! no es posible el evitar su imperio:
La fogosa energía
De su gesto y accion se le prometen,
Y su mágico acento y melodía.
Aquí vence, aquí triunfa, aquí arrebata:
Vedla de gloria y magestad vestida
Quando del solio el esplendor retrata:
Vedla despues desesperada y llena
De cólera y soberbia amenazando:
Nube parece, que espantosa truena,
Ó terrible Aquilon quando soplando
Con hórrido silbido
Sacude el universo combatido.

¿Mas quál benigna suavidad se siente?
Él es, el blando amor, el hijo ardiente
De la hermosa y divina Citeréa.
Mas dulce y grato que la miel hibléa,
Mas puro que los céfiros su acento
Sale inflamando el viento,
Y por do quiera su ternura inspira.
Ya tras el bien perdido
Vaga anhelante y con dolor suspira:

En el dulce trinar pinta el gemido,
En los blandos gorgeos
Aparecen los tímidos deseos,
La amorosa inquietud, las ansias tiernas,
La risa alegre y apacible juego
Que ceban tanto el delicioso fuego.
Ya con tono mas grave
La sublime constancia se ve ornada,
Ó en celeste deliquio modulada
Del caro bien la posesion suave.

Entonces gime el insensible, entonces
Hasta los duros mármoles se agitan:
Amor aprende á amar; á amar incitan
El eco, el viento, y de tu voz herido
Por su divino impulso es arrastrado
Mi corazon vencido.
Salta en el pecho, y sin cesar palpita,
Todo anegado en el amante anhelo
Que inspira el canto: su vehemente llama
Veloz discurre por mi sangre y venas,
Y en todas ellas su calor derrama:
Derrama su calor, que vuelto en llanto

Sin ser posible á contenerle el seno,
Salta á la vista en delicioso encanto.

¿Quién de tu Genio mensurar podria
La extension y el ardor? Dinos, ¿en donde
Tuvo su oriente? ¿en donde
Se adestró á desplegar tal osadía,
Y de tanta riqueza salió lleno?
¿Fue acaso allá donde el feliz Ismeno
Corrió bañando la sonora Tebas?
¿Ó mas bien sobre el Ismaro sombrío,
Do por la vez primera
Los ecos de la música sonáron,
Y tras sí arrebatáron
Los hombres y las fieras,
Las rocas y los árboles? ¿Do Orfeo
Su lira de oro celestial pulsaba,
Los vientos á su voz se condolian,
Y á Eurídice llamaba,
Y Eurídice los montes respondian?

Igual empero, ó superior, tú impeles
Al seno del olvido

Los pesares amargos y crueles.
Yo lo vi, lo sentí. Del hondo Averno
Por mi mal abortado
Un esquivo cuidado devoraba
Mi triste corazon; quando presente
Vi la Sidonia Reyna, que clamaba
Contra el Troyano pérfido inclemente.

¡Bárbara atrocidad! huye el ingrato
Sin que bastantes sean
De la mísera amante las querellas
Su fuga á suspender: huye, no cura
Los preciosos tesoros
Que fiel le prodigaba la hermosura;
Tesoros, ¡ay! de amor y de ternura.
Y se entrega á la mar: ¡que de lamentos!
¡Que horrorosos acentos!
¡Que desesperacion! En vano llora
La triste, y corre enfurecida y gime;
En vano al cielo en su dolor implora,
Y á los hombres tambien; hombres y dioses
Al dolor y al horror la abandonáron.....
¿Morirá la infelice

Sin hallar compasion?.... [3] Grande, sublime,
Terrible situacion, que sorprehendido
Mi espíritu admiraba,
Y olvidó su afliccion llorando á Dido.

¡Y que tan dulces horas
Hayan de fenecer! Mantua te pierde,
Mantua, que tanto te admiró: desierto
Se verá el gran teatro, donde un dia
Al eco de tu canto y los aplausos,
El soberbio arteson se estremecia.
Mustio el espectador irá á buscarte,
Y no te encontrará; y en tal vacío,
¿Do está, dirá, la enamorada Elfrida?
¿La encantadora Elfrida? ¿Adonde fuéron
La dulce Hipermenestra,
La arrogante Cleopatra y Cleofida?
Sombras sublimes, cuya hermosa idea
Inventar y animar el Genio pudo,
¿Será que nunca ya mi mente os vea?

Anda, vive feliz, corre el sendero
Que á tu brillante gloria abrió el destino:

¿Mas qué le falta á su esplendor divino?
El universo entero
Su honor, su encanto, su deidad te aclama.
Llevada en raudo vuelo
Por la sonante trompa de la fama,
Pasmarás las edades; y asombrado
Te nombrará el artista, y confundido.
Por mas osado que su Genio sea,
Tú el término serás de su esperanza,
Dique á su presuncion: él desde lejos
Adorará tus soberanas huellas,
Y lucirá tal vez con tus reflexos.
Asi en el alto olimpo las estrellas
Brillan; mas solamente en noche umbría,
Cediendo el resplandor y la victoria
Al gran planeta que preside al dia.

CON OCASION DE LA PAZ

HECHA

ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA

EL AÑO DE 1795.

Corrieran ya dos lustros, que en sosiego
Sobre el regazo de la paz hermosa
Nuestra region yacia;
En que dormido el fuego
De la discordia atroz, la espada ociosa
Entre el polvo y orin se consumia:
Nada turbó las cándidas auroras
De tan dulce quietud; logró en su asilo
El labrador tranquilo
Ver coronadas de su afan las horas.

Mas sangre y fuego respirando viene
Con violento ademan Mavorte fiero,
Y á la cumbre escarpada
De la antigua Pirene

Sube ardiendo en furor: cruxe el acero
De su carro espantoso, y empuñada
La mortífera lanza que blandea,
Mueve sañudo la exêcrable frente,
Y en su rabia impaciente
Cebarse en llanto y mortandad desea.

Tronó su voz: al escucharla entonces
El suelo en luto y en pavor gemia:
Destrozado, oprimido
Con los enormes bronces
Vió la flor de la Hesperia, que corria
De la bélica trompa al gran sonido.
¡Míseros! id donde el honor os lleva
Ardiendo en ansia de funesta gloria;
Volad á la victoria,
Y haced de vuestro aliento heroyca prueba.

¿Qué lograreis? el monstruo abominable
De vuestra insana ceguedad riendo
Da la señal: ya sube
Del cañon formidable
Al cielo vuestros crímenes diciendo

De fuego y humo la ondeante nube.
Retumba el ayre, y pavoroso esconde
Los gritos, el terror, el triste estrago:
El amago al amago,
La cólera á la cólera responde,

Muerte horrible á la muerte. Así espantoso
Bate las altas cimas de Apenino
El Aquilon sañudo:
Á su ímpetu fragoso
El cedro añoso y el sòberbio pino,
Sin encontrar á su defensa escudo,
Caen: y el hondo valle estremeciendo
Por los ecos aligeros llevado,
Asorda dilatado
De caverna en caverna el ronco estruendo.

Y enmedio de la lucha fulminante
Es el furor tan bárbaro y tan ciego,
Que ni la tierna esposa,
Ni la afligida amante,
Templar podrán de la contienda el fuego
Con su memoria tierna y dolorosa.

Todo cae, agoniza, y los crueles
Tal vez aspiran á dorar su estrago
Con el falaz halago
Del espléndido triunfo y sus laureles.

No, que en torno á la rueda sanguinaria
Van la viudez y la orfandad que lloran.
¡Oh xefes de la tierra!
¿La mísera plegaria
No escuchais de los pueblos que os imploran?
Poned en fin un término á la guerra:
Y si el rayo, el relámpago y los truenos
Vuestro poder mostráron á porfia,
Ya es bien que la alegria
Os descubra apacibles y serenos.

Y la dais, y mandais que la paz sea;
Y ella en alto levanta de su oliva
La sacrosanta rama:
¿No veis qual centellea
El gozo universal, y quan festiva
Os bendice la tierra, y os aclama?
¡Salud, divina paz! ¡Deidad amiga

De la vida y del bien! Ven, y en contento
Convierte el desaliento,
Y en sosiego apacible la fatiga.

¡Eterna exêcracion al insensible
Que derribe tu altar, que abra la senda
Á los atroces males,
Al escándalo horrible
Que la sangrienta y bárbara contienda
Precipita en los míseros mortales!
¡Exêcracion eterna al inhumano,
Mas que peste cruel infausto al suelo,
Quando en terrible anhelo
Arda el acero en su homicida mano!

Y sin duda arderá: corren veloces
Los rios á la mar; nosotros ciegos
Al crímen y á la muerte
Nos llevamos feroces,
Sin atender á los humildes ruegos
De la virtud, sin escuchar la fuerte
Leccion del tiempo, que incesante clama.
¡Triste destino! El hombre fascinado

Va siempre al carro atado
De la ambicion frenética que brama.

¡Ah! si negado á tantos escarmientos
Siempre ha de ser que el universo gima
En guerra y en crueldades;
Dexad vuestros asientos,
¡Oh montes! y cayéndonos encima,
Fenecced de una vez tantas maldades.
Irrita, ó Ponto, tus voraces ondas,
Hasta que sepultado el ancho mundo
En su abismo profundo,
Por siempre allí nuestra impiedad escondas.

ARIADNA.

ESCENA PARA CANTARSE.

Se supone á Ariadna sentada en una actitud profundamente triste sobre una peña á la orilla del mar: de un lado una tienda: á otro un gran peñasco que se encorva sobre las aguas.

¡Nadie me escucha!... ¡nadie!... el eco solo,
Eterno compañero
De este silencio lóbrego responde
Á mi agudo clamor, y mudamente
Mi mal aumenta, y mi dolor presente.

¿Y es aquesto verdad? ¿pudo Teseo
Sin mí partir, y pudo
Desampararme asi?..... ¡Pecho de bronce,
De todo amor y de piedad desnudo!
¿Qué te hice yo para tan vil huida?
Le vi, le amé; mi corazon, mi vida,
Toda yo suya fui, toda..... el ingrato,
¿Qué no me debe?..... Encadenado llega

Á la cretense playa
Destinado á morir: su sangre odiosa
Al monstruo horrible apacentar debia,
Que en la prision del laberinto erraba.
¿Qué hubiera él sido sin la industria mia?
Entra, combate, vence, y coronado
De nueva gloria se presenta al mundo.
Esto era poco: enfurecida y ciega,
Frenética despues mi hogar, mi padre,
Todo lo olvido á un tiempo, y me confio
Al amable impostor, enagenado
Con su halago y su amor mi tierno pecho:
¡Falso amor, falso halago! ¿Qué se han hecho
Pasion tan viva y perdicion tan loca?
Yo lloro aquí desesperada, en tanto
Que el pérfido se rie
De mi amor lamentable y de mi llanto.

Pero no, no es posible
Que tan amantes lazos
Los haga asi pedazos
La negra ingratitud.

Levántase exâltada hácia la tienda.

Dame, ¡lecho! á mi bien... ¡Ah! tú, que fuiste
De mi gloria testigo, mira ahora
El triste afan que mi interior devora.
¡Asi mientras sus labios me halagaban,
Y en tanto que sus brazos me ceñian,
Ya allá en su pecho las traiciones viles
Este lazo fatal me preparaban!
¡Oh union inconcebible
De perfidia y placer! ¡con que engañoso
Puede ser el halago, y la ternura
Lleva tras sí maldad y alevosía!
Yo triste, envuelta en la inocencia mia,
Al delirio de amor me abandonaba:
Tú sabes qual mi seno palpitaba,
Tú viste qual mi sangre se encendia,
Y como de su boca engañadora,
Deleyte, amor y perdicion bebia.

Dos ayer éramos,
Y hoy sola y mísera

Me ves llorando
Á par de tí.
Mira estas lágrimas,
Mírame trémula,
Donde gozando
Me estremecí.
¿Qué se hizo el pérfido?
Mi angustia muévate,
Y haz que volando
Torne hácia mí.

Vuelve, adorado fugitivo, vuelve,
Yo te perdono. El ardoroso llanto
Que ora inunda mi rostro, y me le abrasa,
Enxugarás: reclinaré en tu pecho
Mi atormentada frente, y aplicando
Tu mano al corazon, verás qual bate
De anhelo palpitante y alegría.
Mas, ¡oh mísero y ciego devaneo!
Mientras imploro al exêcrable amigo,
Lleva el viento consigo
Mi gritar, mi esperanza y mi deseo.

¡Y esto, oh Dioses, sufris! ¡y va seguro
Y contento el perjuro
Por medio de la mar, que le consiente
Sin abrirse y tragarle!.... ¡Oh tú, divino
Astro del claro dia, sol luciente,
Sagrado autor de la familia mia! [4]
Mira el trance terrible á que he venido:
Mírame junto al mar volver llorando
La vista á todas partes, y en ninguna
Asilo hallar á mi fatal fortuna:
Mírame perecer sin un amigo
Que dé á mi suerte lamentable lloro:
¿Donde, donde volverme? ¿á quien imploro?

Muerte, no hay medio, muerte: este es el grito
Que por do quiera escucho: esta la senda
Que encuentro abierta á mi infelice suerte:
Brama el mar, silba el viento, y dicen muerte.

Y muerte hallaré yo..... las ondas fieras
Que senda amiga al seductor abriéron,
Me la darán..... ¡que horror! un sudor frio
Baña mi triste frente, y el cabello

Se eriza..... Si..... las veo:
Las furias del averno me arrebatan
Tras de sí á fenecer..... voy desgraciada
Víctima del amor.....
.....¡Ah! ¡si el ingrato
Presente ahora á mi dolor se hallara,
Quiza al verme llorar, tambien llorara!
¡Mas no, mísera! muere: el mar te espera,
El universo te olvidó: los dioses
Airados te miráron,
Y sobre tí, cuitada, en un momento
El peso de su cólera lanzáron.

¡Oh! ¡que triunfo tan bárbaro y fiero!
Avergüénzate, cielo tirano,
Avergüénzate, ó dobla inhumano
Mi tormento y tu odioso rencor.
¿Dudo? ¿temo? ¿á qué atiendo? ¿qué espero?...
Dame, ¡oh mar! en tu seno un abrigo,
Y las ondas escondan conmigo
Mi infortunio, mi oprobio y mi amor.
Arrójase al mar.

EN LA PUBLICACION

DE LAS POESÍAS

DE MELENDEZ.

¡Gloria al grande escritor, á quien fue dado
Romper el sueño y vergonzoso olvido
En que yace sumido
El ingenio español, donde confusas,
Sin voz y sin aliento
Se hunden y pierden las sagradas musas!

Alto silencio en la olvidada España
Por todas partes extendió su manto,
Quando tu hermoso canto
Resonando, ¡oh Melendez! de repente,
De orgullo y gozo llena
Se vió á tu patria levantar la frente.

Tal en la noche de los siglos densas
Crecer las nieblas de ignorancia viendo

Natura, y sacudiendo
El ocio letargoso en que yacia,
Dixo, que Homero sea,
Y Homero nace, y resplandece el dia [5].

Bellos como la luz, tersos y puros,
Bien como el fondo del etéreo cielo,
Gratos aun mas que el vuelo
Del céfiro sonante en el estío,
Quando las hojas mueve,
Y templa el rayo en delicioso frio;

Tus armoniosos versos á raudales
Del manantial fecundo se arrebatan,
Do fieles se retratan
Las flores y los árboles del suelo,
Las sierras enriscadas,
Las bóvedas espléndidas del cielo.

¡Cisnes del Pindo! amable Anacreonte,
Tú que de estro y amor mientras vivias,
Mísera Safo, ardias,
Y tú, divino Píndaro, que elevas

En tu atrevido acento
Con tu nombre clarísimo el de Tebas;

Volad hácia las playas de occidente
Desde la cumbre de Helicon divino,
Y ved el gran destino
Con que se ensoberbece el suelo iberio
Mirando en su poeta
Vuestra alta gloria y vuestro dulce imperio.

Ornan las gracias su celeste lira
Quando el canto de amor en ella suena:
Y apacible y serena
La belleza en sus versos vencedores
Se goza retratada,
De rayos coronada y resplandores.

Seguidle luego á los amenos campos,
Á la abundosa y apacible vega
Que el claro Tormes riega;
Y al levantar su pastoral acento
Ved florecer las rosas,
Reir el prado, embebecerse el viento.

¿Mas do su musa rápida se esconde?
¿Donde se eleva? Á su ambicioso pecho
El orbe vino estrecho
Y al eter se encumbró: gozosa mira
Baxo de sí las nubes,
Y el campo inmenso del espacio gira.

¡Vosotros solos, númenes del canto,
Le seguireis! Desde el fanal de Apolo
Al rutilante polo
Todo lo abarca en su inmortal porfia,
Y de fulgor se llena,
Y torrentes de lumbre al mundo envia.

A esta pompa magnífica, á los ecos
De aplauso universal que resonáron,
Sus cuellos agitáron
Las sierpes de la envidia; y de su seno
Ya á lanzar se aprestaban
Con torpe lengua el infernal veneno;

Quando un Genio gritó ¡monstruos odiosos!
¿Qué sois, decid, para alcanzar victoria

De tan hermosa gloria?
Sabed que nunca de la niebla umbria
El insensato orgullo
Vencer presume en claridad al dia.

Admirad y callad: dixo. La envidia
Vióse aterrada, y su furor fue vano:
Y el Genio abrió su mano,
Y el lauro descendiendo omnipotente
Al inmortal poeta
Cercó de rayos la gozosa frente.

A D. NICASIO CIENFUEGOS.

Tú, á quien el cielo con benignos ojos
Miró desde el nacer; tú, en cuyo pecho
Imprimió la virtud, y en larga mano
El don divino de pintarla diera,
Nicasio respetable ¿por qué tardas?
¿Y á la amistad que ansiosa te desea
No te abandonas? De enlazados ramos
Espacioso dosel ora me ampara
Del crudo ardor del polvoroso estío:
Y los inquietos céfiros vagando
En dulce fresco, en movimiento y vida
Los senos bañan del jardin: mi mente,
Desalada entre tanto hácia tí vuela.
Vuela hácia tí, que á tu pesar sumido
En ese abismo pestilente y ciego,
Los campos y las selvas solitarias
Buscas, y aun dudas, y á gozar te niegas
Placer tan puro y celestial conmigo.

¡Oh! no tardes, no tardes: bien tus pasos
Lleves al bosque oculto, bien la vista
Tiendas alegre en la abundosa vega,

Ó la dulce corriente te embelese
Del rio encantador; todo te llama
Con delicioso afan, todo convida
Tu enérgico pincel. No aquí ambiciosa
Natura ansiára desplegar su inmenso
Poder, y ornada en magestad sublime
Nuestra vista asombrar: guardó el espanto,
Guardó el terrible horror allá do esconde
Su frente el Apenino entre las nubes.
Cubrenle en torno las eternas nieves
Que en vano bate el sol: si el viento suena.
Es proceloso el austro en cuyas alas
Retumba el trueno: entonces los torrentes
Baxan furiosos á asolar los valles.
¿Qué es allí el hombre? Estremecido y solo
Atónito se para, y no cabiendo
Impresion tan soberbia en sus sentidos,
Al mudo pasmo y confusion se entrega.

Graciosa empero aquí, dulce, apacible
Sus dones todos liberal reparte
Naturaleza, y con placer se rie.
Tal la beldad en su primer oriente

De gracias solo y suavidad bañada
Suele mas tierna embelesar los ojos,
Y el corazon herir. Nicasio, el mio
Mas amó siempre que admiró. Do quiera
Ternura aquí y amor: ¡oh quantas veces,
Quantas mirando las sociales vides
Enlazarse á los olmos, y lozanas
Entre los ramos de su verde apoyo
Sus hojas ostentar, y alegre fruto,
En dulce llanto se bañó mi pecho!
¡Quantas pavesas del incendio antiguo
Plácidas se aviváron! los suspiros,
Las ansias tiernas, la inquietud dichosa,
Las delicias inmensas que algun dia
Me inundáron ¡ay Dios! y acaso huyéron
Para nunca volver: todas voláron,
Todas á un tiempo con igual ternura
Me asaltáron allí: si desparece
Y huye el amor, á la memoria acuden
Padre, hermanos y amigos, y en un punto
Afectos mil que á penetrar mi seno
Aquel boscage solitario inspira,
Y absorto y melancólico me llevan.

Tejos allá su placentero ruido
La bullente cascada precipita
Por el senoso peñascal, adonde
Su curso rompe murmurando el rio.
Corro y le miro, ¡oh que placer! furioso
Del dique opuesto á su violencia en vano
Clamoroso agitarse, alzar la espalda,
Luchar, vencer, herbir, y en alba espuma
Deshecho y raudo arrebatarse al llano.
Vaga la vista entre los dulces juegos
Que mil y mil con variedad graciosa
Mágica el agua á su mirar presenta.
Banan en ella sus sedientas alas
Los apacibles céfiros, y llenos
De su grato frescor, en vuelo alegre
Van á esparcirlo á la tendida vega:
Mientras en dulce gratitud riendo
La dócil caña, el intratable espino,
Y el álamo gentil en la ribera
Sus ramos tienden á besar las ondas.

Ondas preciosas, que el colono activo
Supo en raudales dividir, y en ellos

Llevar la vida y la abundancia al campo.
Siquiera el cielo en su rigor se obstine
En negar el vivífico rocío,
Don de las nubes: los endebles diques
Rompe seguro el rústico, y al punto
Vieras la tierra que inundada embebe
El cristalino humor, y fuerzas nuevas
Con él cobrando, engalanar su frente
Un fruto y otro fruto, y cien tras ellos.

Así la vista por do quier se baña
En verdura eternal; así Pomona
Tiende su manto, y pródiga derrama
Del almo cuerno el celestial tesoro.
¿Qué mucho si su templo delicioso
Le plugo aquí sentar, y aquí adorada
Del hombre ser? Todo la acata. El rio
En dos partido con ardor la ciñe,
Y ella en sus brazos y en su amor se goza.
Yo allí, mientras los árboles se mecen
Al son del viento, en tanto que á sus hombros
Sube contento las opímas cargas
El hortelano, y las zagalas rien

En trisca alegre y bullicioso juego;
Llego al altar de la deidad que en medio
Reyna, ostentando su silvestre pompa,
Y á reverencia y religion me inclina.
¡Árboles prodigiosos! ¿quál la mente
Que asi os quiso agrupar? ¿quál fue la mano
Que asi os plantó? De magestad vestido
El añoso nogal su cima alzando,
Hasta la cumbre del olimpo alcanza;
Sube, y en su ambicion tiende los brazos
Lejos de sí, qual si ocupar con ellos
De la esfera los ámbitos quisiera:
Y eternos á par de él, y á par sublimes,
Seis lúgubres cipreses los luxosos
Ramos le cercan, y en su faz sombría
La luz quebrantan del ardor febéo.

¡Oh delicias! ¡oh magia! ¡oh como hundida
Baxo esta hermosa bóveda se lleva
La mente á meditar! ¡qual se engrandecen
Sus pensamientos! y á la par mirados,
¡Quan breve el hombre, y su poder, su gloria,
Toda su pompa! ¡oh que de veces viéron

De su opulento dueño aquestos troncos
La afanosa inquietud! ¡quantas en vano
Con su grato silencio le brindaban
Al reposo, á la paz, y él orgulloso
En pos del mando y la ambicion corria!
¡Que de delitos no abortó el insano
Para saciar su ardor! Bañóse en sangre,
Domó la tierra, ¿y qué logró? estas plantas
Le viéron perecer, y ellas quedáron.
Quedáron á esparcir sus ramos bellos
Sobre mí, que inclinado y reverente
Canto su gloria, y vivirán: testigos
Serán, ¡ay! de mi fin, quando á su ocaso
Llegue el aliento de mi endeble vida.
Todo al tiempo sucumbe: ellas un dia,
Ellas tambien..... ¡Ah bárbaro! repara
La inclemente segur: muévante al menos
Su sacro horror, su venerable sombra,
Su augusta ancianidad. ¿Pudo hasta entonces
Respetarlas el tiempo, y tú atrevido
Su hojosa copa abatirás? Detente,
Detente, y no en un punto asi destruyas
La gloria del vergel. Nogal frondoso,

Altos y melancólicos cipreses,
Para siempre vivid; y que el ingrato
Cuya mano sacrílega se atreva
Vuestros troncos á herir, jamas encuentre
Sombra refrigerante en el estío
Quando le ostigue el sol; nunca reposo,
Nunca halle paz, y de su injusto pecho
Huya por siempre la inocencia amable
Que en el campo y los árboles se abriga.

Lejos empero de la frente mia
Tan lúgubre pensar. Á Dios, cipreses,
Pomona á Dios: los álamos del bosque
Ya con su dulce amenidad me llaman.
Salve, repuesto valle: el sol ardiente
Me hirió al venir, y fatigado el pecho
Late anhelante y con dolor respira.
Acógeme en tu seno: que tu yerba
Verde, abundosa, á mis cansados miembros
Sirva de alfombra: que el murmullo blando
Del grato arroyo en agradable sueño
Me envuelva y me regale; y que sacuda
Favonio en tanto el delicioso nectar

De su frescura, y mi sudor enxugue.
¡Ah! que ni aquí del velador cuidado
El tósigo alcanzó, ni las espinas
Del miedo agitador su punta emplean.
Todo es sosiego: al despertar, las aves
Con su armónico acento en mis oidos
Los ecos llevan del placer: las auras,
Árboles, cielo y arroyuelo, y prado,
Todo me halaga, y á mi vista rie.
Mientras la fuente retirada y pura
Me ofrece el cáliz de sus ondas frias
Á mitigar mi sed; y yo embebido
Con himnos mil en mi delirio ciego,
Á sus graciosas Náyades imploro.

¡Oh Gesner! ¿donde estás? ¿tú á quien desnuda,
Llena de gracia y de inmortal belleza
Natura se mostró? ¿tú que inspirado
Fuiste de la virtud? ¿tú que en las selvas
La paz y la inocencia y los amores
Tan dulcemente resonar hacias?
¡Divino Gesner! ven; lleva mis pasos,
Y enséñame á gozar. Contempla el suelo

Qual nuestra planta engaña, y quan hermoso
Se hunde aquí, se alza allá, forma ora un llano,
Despues un seno: á la alameda vuelve
La vista embelesada, y mira en ella
Las gracias revolar; ve la ternura
Con que al abrigo del robusto padre
Del recio invierno y rigoroso estío
Los pequeñuelos árboles se amparan.
Pregunta al blando céfiro, que vuela
En sus copas dulcísimas moviendo
Los sones del amor, quantas zagalas
Asaltó aquí festivo, y quantas veces
De su recato virginal burlando
Besó su frente, y se empapó en su seno.
Pídele los tiernísimos suspiros
Que llevados en él por esta selva
Andan vagando, y las querellas tristes
Que el eco sordamente repetia.

Dímelo, ó dulce fuente, asi tu curso
Siempre abundante y puro, coronado
Eternamente de verdor se vea;
Las veces, di, que el amador inquieto

Sus ansias vino á consultar contigo.
Aquí en tus verdes márgenes sentado
Tal vez se vió de la beldad que ansiaba
Gratamente acogido, y tal vez ella
Tímida, tierna, de rubor teñida,
Le declaró su amor, y de sus ojos
Se escapó alguna lágrima que en vano
Luchó por contener: allá mas lejos,
Dentro de aquella gruta solitaria
Que guarda el olmo en cavidad sombría,
¡Quien sabe si el placer!.... ¡Oh ameno valle!
No temas, no, que á revelar se atreva
Mi lengua tus misterios silenciosos:
Basta la envidia en que encender me siento,
Basta el encanto en que tu amor me inunda.

¿Y tú tardas, Nicasio? ¿y con tan puros,
Tan mágicos placeres te convida
El campo, y tú le esquivas? Corre, vuela
Antes que el año en su incansable curso
Lleve al verano y al verdor consigo.
Cuidadoso el jardin te guarda flores;
Ven á gozarlas; si se agosta alguna

Yo con los ojos del dolor la sigo,
Y pienso en tí que su esperanza engañas.
Huye con pie veloz esos lugares,
Digna morada de los tigres fieros
Que los habitan: do respiran solo
El negro horror que en sus entrañas ceban:
De donde huyó el sosiego, huyó por siempre
La dulce confianza: el pensamiento
De la opresion sacrílega amagado
No se atreve á romper el claustro obscuro
En que le hundió el temor; y las palabras,
Quando son de virtud, sordas, temblando,
Do quier hallar con la maldad recelan.

¡Oh pechos sin virtud! jamas preciáron
Los campos y las selvas que enmudecen
Quando sus plantas con desden las huellan.
Sí, que el sublime y celestial lenguage
De natura entender solo fue dado
Á la inocente sencillez, y en ellos
Los vicios solo y crímenes se albergan.
Huye de ellos, Nicasio, y presuroso
Ven á acogerte á mi apacible asilo:

Los árboles no venden, los arroyos
No aprenden á mentir: sereno el ayre,
Sereno el cielo, á respirar te brindan
En grata libertad: aquí segura
Podrá tu mente en sus grandiosas alas
El vuelo descoger: ora en los valles
Perderáste embebido: ora sonando
Tu lira de oro invocarás las Musas,
Y las Musas vendrán; ellas amigas
Del campo siempre y soledad han sido.
Y en tanto que suspensa, embelesada
La esfera atienda á tu sublime canto,
Yo templando la cítara á tu exemplo,
Mi humilde acento ensayaré contigo.

Á D. F. B.

CONSOLÁNDOLE EN UNA AUSENCIA.

A par con mi amistad id, versos mios,
Al amable Fileno, en cuyo pecho
La hiel ingrata del dolor se ceba.
Él al fixar en vos sus tristes ojos
Exclamará tal vez: „Viva en mi amigo
Mi memoria es aún: viva en su seno
Late la compasion. Sierras fragosas,
Llanos inmensos, presurosos rios
Le separan de mí, y enternecida
De allá tan lejos, su oficiosa mano
Á embalsamar mis lágrimas se tiende."

Llora, Fileno, llora: este consuelo
Señaló ya el destino á la amargura
Quando en un tierno corazon se anida.
Yo lloraré contigo: aun en mi oido
Suenan los tristes dolorosos ayes
Que al partirse tu bien al viento dabas:
Te miro aún que palpitante, opreso
Del congojoso afan vuelves los ojos

Al sitio mismo en que arrancar la viste
De la rápida rueda, que sonando
Tu pecho aun mas que el pavimento heria.
Ella se va, con falleciente labio
Hondamente exclamaste; y repitiendo
El eco, ella se va, de amargo luto
Tu desolado corazon llenaba.

¡Oh momento cruel! huyen entonces
La risa alegre y el festivo gozo
Del amante infeliz; huye el deleyte
Que le inflamaba. En tan inmenso duelo,
¿Do su vista mover? ¿hácia qué parte
Sus pasos llevará? Solo un vacío
Mira, que el mundo en su tropel ruidoso
Ni llenó, ni encubrió. ¿Donde el halago?
¿Donde el grato mirar? ¿donde los juegos?
Aquel contino querellarse, aquellas
Iras dulces de amor, nubes suaves
Que su serena faz tal vez cubrian,
Y á deliciosa paz luego tornaban.....
Todo huyó, todo fue: pasa un momento;
¿Y qué podrá enlazarle á otro momento?

Volaban antes las fugaces horas,
Volaban, y á par de ellas el deseo
Avivaba su ardor: tras él venia
La esperanza feliz vertiendo flores,
Y de ilusiones mágicas ornada:
Coronábala el goce, y luego el curso
De afan tan delicioso renacia;
Ansiábase otra vez, y se esperaba
Y se gozaba: ¡ay Dios! ya ¿qué le resta?
Amar, penar, gemir; tal su destino,
Tal es su triste y perdurable empleo.

¿Y qué? ¿cerradas al ausente fuéron
De un consuelo feliz las sendas todas?
No, amigo, no: si en tu afliccion amarga
Te tienes por el ser mas infelice
De los que inflama amor, corre á la selva,
Corre, y en ella la frondosa cima
De un álamo verás alto y pomposo,
Que aquel recinto de verdor corona:
Y entre sus frescos y gallardos ramos
Contempla el nido desolado y yermo,
Que fue altar de placer, y ora es de llanto.

Dos tórtolas en él..... ¿Quién compasivo
No lamentó su desastrada suerte?
Brilló el color del cielo en su plumage,
Y el fuego del amor ardió en su seno.
Juntas las miró el sol, juntas el valle,
Juntas volar á su cristal la fuente,
Juntas la noche; el eco embebecido
Su arrullo enamorado redoblaba.
Y al fin llegó la hora fatal: saliéron,
Y sus ligeras alas desplegáron.
Infelices, ¿do vais? Torced el vuelo,
En el bosque no entreis: y no me escuchan,
Y siguiendo inocentes su camino,
Dulces besos se dan, y amantes juegan.
Y de repente, al espantoso estruendo
De la tronante pólvora silbando
Salió el plomo mortífero: un gemido
Dió el viento en derredor: volvió los ojos
Azorada la tórtola á su amado,
Que abierto el bello seno, y moribundo
La miró, y espiró. Cayó, gritaba
Bárbaro el cazador, cayó, y en tanto
Huye, y huyendo la infelice viuda

Hiende la esfera en lastimosos gritos.
Y ronca y sorda de gemir, su vuelo
Lejos allá sentó, do triste y sola
Ningun viviente su dolor distrae.
La muerte implora allí, la muerte airada
Se niega á su clamor, y envenenado
El curso puro de sus dulces dias,
Los vive en llanto y sempiterno luto.
¡Misera! que al destino ni aun es dado,
Con ser tan poderoso, devolverle
Su malogrado bien. ¡Oh! ¿qué es la ausencia?
¿Qué son los breves límites que ahora
Á tí te parten de tu bien, Fileno,
Límites que traspasan los suspiros,
Y por do hienden del amor las alas,
Con ese eterno y lóbrego silencio,
Con ese abismo impenetrable y hondo
Que hay del ser al no ser, que hay de la vida
Al sueño helado de la tumba obscura.

Y al fin en pena tal, si amargo el duelo,
Si es inmenso el afan, llorase entonces
Un corazon donde el amor ardia:

Que el pecho entonces resonando en ayes,
Sobre él su trono la tristeza asiente;
Sí, justo es el dolor, pene el amante,
Pene, y en llanto funeral inunde
Del bien perdido las cenizas frias.
Mas quando al tierno amor asaltan fieros
El puñal del desprecio, la ponzoña
De la doblez, los yelos del olvido,
¡Triste mil veces, triste el miserable
Que á tales plagas condenado gime!
¿Quién fue el tigre cruel, quién fue el ingrato
Que un sentimiento tan hermoso y puro
Al hombre dado en el amor del cielo
Con ellas corrompió? Del negro abismo
Se desatáron á infestar la tierra,
Á marchitar de la beldad las rosas,
Á desmayar la juventud. Entonces
Quantas las flores de esperanza fuéron,
Tantos cuchillos de dolor se clavan:
Ama, y ¿quién lo creyera? su tormento
Mas grande es el amar: la llama ardiente,
Á pesar de su afan, crece en su seno;
Y devora y abrasa, y sus entrañas

Con insano furor vuelve en pavesas.
¡Oh lastimoso y miserable estado,
Do de contino el corazon se lleva
De la rabia al dolor! Nunca la aurora
Le hallará al despertar embebecido
Ya en la memoria del placer pasado,
Ya en la esperanza del placer que viene:
Duerme agitado empero, y despertando
Siente la hiel que le atosiga, y llora
De viva afrenta y de vergüenza. En vano
Mueve la planta á huir: ¿podrá el mezquino
De sí mismo escapar? Honda en el seno
La enerbolada flecha trae consigo,
Y mientras huye mas, mas se la clava.
Que si el olvido al parecer despliega
Su suspirado velo, y un momento
Cesa el afan, ¡ay si los ojos miran
La tirana beldad que antes ansiáron!
Hínchase el corazon, el pie vacila
Y á andar se niega: por sus miembros todos
Que la vida abandona, un sudor frio
Vaga y triste temblor: turbios los ojos,
Y en ronco son zumbando los oidos

Ni ve ni escucha: la profunda llaga
Á abrirse torna con furor, y en ella
Se dilata el raudal de la amargura.
¡Piedad del infeliz! ¿Su resistencia,
Ha de ser por demas? ¿si de su pecho
Quiere arrancar tal vez la bella imágen
Que amor grabó con su buril de llama;
En vano esfuerzo la impotente mano
Desgarrará su corazon y entrañas,
Y quedará inviolable entre despojos
Allí reynando el ídolo sangriento?
Mas valiera no amar, sí, mas valiera,
Qual se huye el silbo de engañosa sierpe,
Esquivar la beldad, y á sus halagos
Con bronce duro amurallar el pecho.

Amor, terrible amor, yo, que en tributo
Te di el abril de mis floridos dias,
Y tantas veces adorné tu pompa,
Detras del carro triunfador traido;
Yo sé que á tu violencia y tus furores
Nada puede bastar; sé que mi pecho
Bien como el yelo se deshace en agua

De Febo al rayo en el ardiente estío,
Tal se deshace al contemplar la risa
De una boca rosada, al ver los orbes
De un seno que palpita, al ver los ojos
Que halagüeños mirando centellean.
¿Cómo á tal prueba resistir podria
Tan flaco luchador? Mas si otro tiempo
Llega en que torne á obedecer tus leyes,
Leyes de vida y de esperanza sean,
No de engaño ó desden. Contento entonces,
Rosas suaves me serán tus grillos,
Y adorno al cuello el ponderoso yugo.

Doy que envidioso á mi ventura el cielo
Me arranque entonces de mi bien, y airado
Doy que me esconda en el opuesto polo:
Yo lloraré, pero amaré mi llanto,
Y amaré mi dolor. ¿Podrá la suerte
La memoria cegar? Siempre al oido
Me halagará sonando el blando acento
De la divina voz, quando amorosa
Por la primera vez se dixo mia.
Mis labios, luego el delicioso nectar

Renovarán que de su fresca boca
Mi amor libára en los primeros besos.
Lejos de ella estaré: pero anhelante
Preguntaré á los céfiros que vuelan,
Preguntaré á los ecos que responden,
Y acordes todos me dirán, te adora.
Lejos de ella estaré: mas lleno de ella
Saldré á los campos, y embebido y solo
En cada flor contemplaré su imágen,
Que tambien ella es flor. Las ondas puras
Del plácido arroyuelo en sus remansos
Me la darán: me la dará la noche
En su faz melancólica y sombría,
En su fulgor hermoso las estrellas,
En su ilusion dulcísima los sueños.

Tú asi tambien de tu dichoso tiempo
Podrás, Fileno, renovar la gloria:
Busca la soledad, ella en sus brazos
Dió siempre al triste favorable asilo;
Y dulce y melancólica en su seno
Renovando memorias deleytosas,
Templará tu amargura. Huye la vista

De esos hombres de mármol, que crueles
Á los suspiros del dolor se cansan,
Ó con mofa sacrílega le siguen.
Huye de ellos: en tanto que tu amigo
Alas le pide á la amistad, y vuela,
Y llega, y estrechándote á su pecho,
El raudal de tus lágrimas mitiga.

Á UNA NEGRITA

PROTEGIDA POR UNA SEÑORA.

En vano, inocente niña,
Quando viniste á la tierra
Tu tierno cutis la noche
Vistió de sus sombras negras.
Y en vez del cabello ondeado
Que sobre la nieve ostentan
De su garganta y sus hombros
Las graciosas Europeas;
Á tí de crespas vedijas
Ensortijó la cabeza,
Que el ébano de tu cuello
Á coronar jamas llegan.
¿Á qué la risa en tus labios
Y en tus ojos la viveza,
Y la gentil travesura
Con que la vista recreas;
Para arrancarte y traerte
De las áridas arenas
De la Libia á estos paises,
Entre gentes tan diversas?

Allí vivió tu familia,
Allí crecer tú debieras,
Y allí en la flor de tus años
Tus dulces amores fueran.
Todo se trocó: los hombres
Lo agitan todo en la tierra:
Ellos á la tuya un dia
La esclavitud y la guerra
Lleváron, la sed del oro,
Peste fatal; su violencia
Hace que los padres viles
Sus míseros hijos vendan.
¡Bárbara Europa!..... Tú empero
Desenfadada y contenta
Con dulce gracejo ries,
Y festiva traveseas.
¿Cómo asi? ¿Piadoso el cielo
Se dolió de tu inocencia
Quando te miró en el mundo
De todo amparo desierta,
Y te concedió á tí sola
Lo que á tantos otros niega,
El olvidar sus desdichas,

Y alguna vez no saberlas? —
¿Yo desdichada? No, huésped:
Contémplame bien, contempla
Mi fortuna, y en envidia
Trocarás esas querellas.
Esclava fui, ya soy libre;
La mano que me sustenta
Miró con horror mi ultraje,
Y quebrantó mis cadenas.
La misma que tantas almas
Esclavizó á su belleza,
Y cuyos ojos si miran
No hay corazon que no venzan.
Patria, familia y cariños
Me robó la suerte adversa;
Cariños, familia y patria
Todo lo he encontrado en ella.
Mira el maternal esmero
Con que ampara mi flaqueza,
Y la incansable ternura
Con que mi ventura anhela.
Quando risueña me llama,
Quando consigo me lleva,

Quando en su falda me halaga,
Quando amorosa me besa,
Tal hay que trocára entonces
Por mi humildad su soberbia,
Y por mi atezada sombra
Sus bellos colores diera.
Excusa pues de decirme
Que desdichada me crea:
¿Yo desdichada? No hay nadie
Que pueda serlo á par de ella. —
¡Oh bien hayan tus palabras!
¿Con que no siempre se cierran
Del poderoso en el templo
Á la humanidad las puertas?
Crece, dulce criatura,
Vive, y monumento seas
Donde de tu amable dueño
Las alabanzas se extiendan.
Monumento mas hermoso
Que el que á la vista presentan
Los soberbios obeliscos,
Las pirámides eternas.
Asi tal vez arrancada

Vi de la materna cepa
Con la agitacion del cierzo
La vid delicada y tierna:
Y á los firmes pies llevada
De la palma que descuella,
Levantando por los ayres
Su bellísima cabeza;
Allí piedad, allí asilo,
Allí dulce arrimo encuentra,
Allí sus vástagos crecen,
Y su verdor se despliega.
Ella al generoso apoyo
Con lazo amante se estrecha;
Y el viento dando en sus hojas
Himnos de alabanza suena.

AL MAR.

Calma un momento tus soberbias ondas,
Océano inmortal, y no á mi acento
Con eco turbulento
Desde tu seno líquido respondas.
Cálmate, y sufre que la vista mia
Por tu inquieta llanura
Se tienda á su placer. Sonó en mi mente
Tu inmenso poderio,
Y á las playas remotas de occidente
Corrí desde el humilde Manzanares,
Por contemplar tu gloria,
Y adorarte tambien, dios de los mares.

Que ardió mi fantasía
En ansia de admirar, y desdeñando
El cerco obscuro y vil que la cenia,
Tal vez allá volaba,
Do la eterna pirámide se eleva,
Y su alta cima hasta el olimpo lleva
Tal vez trepar osaba
Al Etna mugidor, y allí veia
Bullir dentro el gran horno,

Y por la nieve que le ciñe en torno,
Los torrentes correr de ardiente laba,
Los peñascos volar, y en hondo espanto
Temblar Trinacria al pavoroso trueno:
Mas nada, ó sacro mar, nada ansié tanto
Como espaciarme en tu anchuroso seno.

Heme en fin junto á tí: tu hirviente espuma
El alto escollo sin cesar blanquea,
Do entre temor y admiracion te miro.
Inquieto centellea
En tu cristal el sol, que al occidente
De magestad vestido huye y se esconde.
¿Donde es tu fin? ¿en donde
Mis ojos le hallarán? Con pie ligero
Tú te tiendes y corres, y llevado
Qual en las alas de aquilon sonante
Mi espíritu anhelante
Te sigue al equador, te halla en el polo,
Y endeble desfallece
Á tanta inmensidad. ¿Te hizo el destino
Para ceñir y asegurar la tierra,
Ó en brazo aterrador hacerle guerra?

¡Ay! que ese resonante movimiento
Me abate el corazon. Yo vi las mieses
Agitadas del viento
En los estivos meses,
Y dóciles y trémulas llevarse,
Y en seco son de su furor quejarse.
Vi el vértigo del polvo, y vi en las selvas
Contrastados tambien los altos pinos
Sacudirse y bramar: mas no este ciego,
Este hervir vividor, estas oleadas
Que llegan, huyen, vuelven,
Sin cansarse jamas: tiembla la arena
Al golpe azotador, y tú rugiendo
Revuélveste y sacudes
Una vez y otra vez: al ronco estruendo
Los ecos ensordecen,
Los escollos mas altos se estremecen.

Cesa ¡oh mar! cesa ¡oh mar! ten compasivo
Piedad del flaco asiento
Que me sostiene exánime y pasmado.
¿No me oyes, no? ¿y violento
Te ensoberbeces mas? Ya desatado

El horrendo huracan silba contigo:
¿Qué muralla, qué abrigo
Bastarán contra tí? Negras las olas
Á manera de sierras se levantan,
Y en hondos tumbos y rabiosa espuma
Su furia ostentan y mi pecho espantan.
¿Llegó tal vez el dia
En que tras tanta guerra
El paso vencedor des en la tierra,
Y bramando allá dentro envuelvas ciego
Playas, imperios y hombres infelices,
Y al hondo abismo los sepultes luego?

Como quando en tu vértigo espantoso
La Atlántica se hundió. Con fuerte mano
Las zonas todas de la tierra asidas
Burlar pensaban tu furor, y en vano.
Que al golpe redoblado impetuoso
El exe poderoso
Se sintió vacilante, y estallando
Perdió su alto nivel: luchando entonces
Las ondas con las ondas se encontráron,
Y horrísonas cayéron,

Y el orbe estremecido desgarráron.
¿Do la region vastísima que un dia
Desde Atlas á la América corria?
Destrozada, anegada, hoy solo dura
En la fragosa altura
Que de tanto furor salvó la frente:
Dura ya solo en la memoria obscura,
Que lleva, ¡oh insano mar! de gente en gente
Los ecos voladores
De tu antigua violencia y tus horrores.

¡Y tanta fue del hombre la osadía
Que los quiso arrostrar! sube á los montes,
Y la tenaz porfia
De su mordaz segur humilla al suelo
Al cedro que resiste á las edades,
Al pino que se esconde allá en el cielo.
Gimiéron ambos quando al mar lanzados
En nadantes alcázares miráron
Trocar su antiguo ser y su destino,
Y al ayre dando el vagaroso lino,
Los leves campos de cristal surcáron.
Á Dios amada playa, á Dios hogares:

El hombre audaz en la orgullosa popa
Os mira, os huye, y por los anchos mares
Al volver de las ondas se confia.
En vano el rumbo le negaban ellas,
Él le arrancó en el cielo
Al polo refulgente y las estrellas.

¿Qué pudo desde entonces
Negarse á su anhelar? Fiero y sañoso
El alto tormentorio amenazaba
Con un mar de terror, y proceloso
Las puertas del oriente defendia:
Mas vuela, rompe, y le sorprende Gama,
Y los hijos de Luso al punto holláron
El golfo indiano y la mansion de Brama.
Colon, arrebatado
De un numen celestial, busca atrevido
El nuevo mundo revelado á él solo.
Y tres veces el polo
Ve al impávido Cook romper los yelos
Que á fuer de montes su rigor despide,
Descubriendo el secreto vergonzoso
Del yermo inmenso á que sin fin preside.

¡Gloria eterna á sus nombres! ¡dadme rosas,
Dadme lauro inmortal, que adorne y ciña
Sus frentes generosas!
Mirad la tierra á su divino esfuerzo
Enriquecerse toda, y mil tesoros
De su fecundo seno
Benéfica brotar: mirad la aurora
Unida al occidente,
Y al septentrion el sur. Á este portento
Furioso el Oceano
Es fama que gritó: „¿Con que es en vano
Haber yo roto el orbe, y que tendiendo
El valladar profundo
De mis terribles ondas
Un mundo haya negado al otro mundo?"

¿Cómo despues tan abundosa fuente
De amistad y de union tornarse pudo
De estragos y violencias
Perenne manantial? Se alzó insolente
La vil codicia, y navegar con ella
Se vió el odio fatal en los navios.
¿No era bastante, impios,

Los vientos escuchar que en torno braman,
Los escollos temblar, mirar el cielo,
Cubrirse todo de espantosas nubes,
Y arderse en rayos, á los pies hirviendo
Sentir el mar sañudo,
Y una tabla sutil ser vuestro escudo, [6]
Sin que á tan tristes plagas
Anadieseis tambien la plaga horrenda
De la guerra cruel? Ardiendo en ira
Ella cruza, ella agita, y atronado
El Ponto en sangre enroxecer se mira.

Guerra: ¡bárbaro nombre! á mis oidos
Mas triste y espantoso
Que este mar borrascoso
Tan terrible y atroz en sus rugidos;
¡Que no fuese yo un dios! ¡oh como entonces
El horror que te tengo, el universo
Te jurára tambien! Ondas feroces,
Sed justas una vez: ya que la tierra
Muda consiente que la hueste impia
De Marte asolador brame en su seno;
Vosotras algun dia

Vengadla sin piedad: esas crueles,
Esas soberbias naos,
Que preñadas de escándalo y rencores
Turban vuestro cristal con sus furores,
Del cielo y vientos contrastar se vean,
Y en ciego torbellino
Todas á un tiempo devoradas sean.
Tal vez asi de la discordia el fuego
No osará profanar el Oceáno,
Tal vez el orbe dormirá en sosiego.

LA DANZA:

Á CINTIA.

¿Oyes, Cintia, los plácidos acentos
Del sonoro violin? Pues él convida
Tu planta gentilísima y ligera:
Ya la vista te llama,
Ya en la dulzura del placer que espera
El corazon de quantos ves se inflama.
¿Quién ¡ay! quando ostentando
El rosado semblante
Que en pureza y candor vence á la aurora,
Y el cuello desviando
Blandamente hácia atras, das gentileza
Á la hermosa cabeza
Reposada sobre él; ¿quién no suspira,
Quién al ardor se niega
Que bello entonces tu ademan respira?

¡Con que pudor despliega
De su cuerpo fugaz los ricos dones

La alegre pompa de sus formas bellas!
Vaga la vista embelesada en ellas:
Ya del contorno admira
La blanda morbidez, ya se distrae
Al delicado talle do abrazadas
Las gracias se riéron,
Y su divino ceñidor vistiéron.
Ya en fin se vuelve á los hermosos brazos
Que en amable abandono,
Como el arco de amor dulces se tienden:
¡Ay! que ellos son irresistibles lazos
Donde el reposo y libertad se prenden.
¡Oh imagen sin igual! nunca la rosa,
La rosa que primera
Se pinta en primavera,
De favonio al ardor fue tan hermosa;
Ni asi eleva su frente la azucena,
Quando de esencias llena
Con gentileza y brio
Se mece á los ambientes del estío.

Suena empero la música, y sonando
Ella salta, ella vuela: á cada acento

Responde un movimiento, una mudanza
Vuelve siempre á un compas; su ligereza
De belleza en belleza
Vaga voluble, el suelo no la siente.
Bella Cintia, detente:
¿Mi vista, que te sigue,
No te podrá alcanzar? ¿Nunca podria
Señalar de tus pasos
La undulacion hermosa,
La sutil graduacion? Quando suspiro
Al fenecer de un bello movimiento,
Otro mas bello desplegarse miro.
Asi del iris serenando el cielo
Con su gayado velo
En su plácida union son los colores.
Asi de amable juventud las flores,
Do si un placer espira,
Comienza otro placer. Ved los amores,
Sus mudanzas siguiendo
Y las alas batiendo
Dulcemente reir: ved quan festivo
El céfiro en su túnica jugando
Con los ligeros pliegues

Graciosamente ondea,
Y él desnudo mostrando
Suena y canta su gloria, y se recrea.
Y ella en tanto cruzando
Con presto movimiento
Se arrebata veloz: ora risueña
En laberintos mil de eterno agrado
Enreda y juega la elegante planta:
Altiva ora levanta
Su cuerpo gentilísimo del suelo,
Batiendo el ayre en delicado vuelo.
Huye ora, y ora vuelve, ora reposa
En cada instante de actitud cambiando,
Y en cada instante, ¡oh Dios! es mas hermosa.

Atónita mi mente es conmovida
Con mil dulces afectos; y es bastante
Un silencio eloqüente á darles vida.
¿Mas qué valen las voces
Á par del fuego y la pasion que inspiran
En expresion callada
Los negros ojos que abrasando miran?
¿Á par de la cadena

Que ó bien me da de la amorosa pena
El tímido afanar, ó en ella veo
La presta fuga del desden que teme,
Ó el vuelo ardiente del audaz deseo?
¡Salud, danza gentil! Tú, que naciste
De la amable alegria,
Y pintaste el placer; tú, que supiste
Conmover dulcemente el alma mia,
De quadro en quadro la atencion llevando,
Y dando el movimiento en armonía.

Asi tal vez de la vivaz pintura
Vi de la antigua fábula animados
Los fastos respirar. Aquí Diana
De sus ninfas seguida
Al ciervo en raudo curso fatigaba,
Y el dardo volador tras él lanzaba:
Allí Citéres presidiendo el coro
De las gracias rientes,
Y á amor con ellas en festivo anhelo,
Y en su risa inmortal gozoso el cielo:
El trono mas allá cercar las horas
Del sol miraba en su veloz carrera,

Y asidas deslizándose en la esfera
Vertiendo lumbre iluminar los dias.

¡Oh Cintia! tú serias
Una de ellas tambien, tú la mas bella:
Tú en la que brilla la rosada aurora:
Tú la agradable hora
Que vuelve en su carrera
La vida y el verdor de primavera:
Tú la primera los celestes dones
Dieras al hombre de la edad florida:
Volando tú, rendida
La belleza inocente
Palpitára de amor: y tú serias
La que banada en celestial contento
Del deleyte el momento anunciarias.

¡Oh hija de la beldad, Cintia divina!
La magia que te sigue
Me lleva el corazon: cesas en vano,
Y en vano te obscureces, si aun en sueños
Mi mente embelesada
Tu imagen bella retratar consigue.

La magia que te sigue
Me lleva el corazon: ya por las flores
Mire veloz vagando
La mariposa, ó que la fuente ria
De piedra en piedra dando,
Ó que bullan las auras en las hojas;
Do quier que gracia y gentileza veo,
Allí está Cintia en mi delirio digo,
Y ver á Cintia en mi delirio creo.

Asi vive, asi crece
Por tí mi admiracion, y arrebatada
No te puede olvidar. Ahora mi vida
Florece en juventud. ¿Cómo pudieran
No suspenderla en inefable agrado
Tanta y tanta belleza que ya un dia
Soñaba yo en idea,
Y en tí vivas se ven? Vendrán las horas
De yelo y luto, y la vejez amarga
Vendrá encorvada á marchitar mis dias:
Entonces ¡ay! entre las penas mias
Tal vez en tí pensando
Diré, vi á Cintia: y en aquel momento

Las gracias, la elegancia,
Las risas, la inocencia y los amores
Á halagarme vendrán, vendrá tu hermosa
Imagen placentera,
Y un momento siquiera
Mi triste ancianidad será dichosa.

Á D. RAMON MORENO,

SOBRE EL ESTUDIO DE LA POESÍA.

„¿Y nos dexas, infiel? ¿y asi abandonas
Tantas horas de afan? ¿Y asi al olvido
La flor darás de tus primeros dias
Que tantos lauros á tu sien prometen?
Nosotras á tu oriente presidimos:
¿Quién de fuego tu pecho, y de ternura
Llenó tu corazon? ¿Quién de armonía
Bañó el acento de tu voz suave,
Quando Henares oyéndola, sus ondas
Serenaba suspenso, y de tu canto
El eco por sus márgenes sonaba?"

Asi te hablaban las amables musas;
Y tú, esquivando su apacible halago,
Otra gloria, otra senda prevenias
Á tu noble ambicion: ellas la viéron,
Y de tu ingrata desercion lloráron.
¿Fue desprecio tal vez? ¿Pudo en tu mente
Caber tambien la vergonzosa idea
Con que orgullosa la ignorancia humilla

Este celeste don, y en sus furores
Le dice vano y frívolo, y riendo
Marca en oprobio el nombre de poeta?

Ella sola entre nieblas asentada
Puede desconocer el noble origen
Del talento que insulta, y ella sola
No respetar los sacrosantos nudos
Que con natura y la virtud le hermanan.

Quando rompe la aurora en el oriente,
Y el rayo anuncia de la luz febea,
¿Quién entonces se niega á la alegría,
Al himno universal con que saluda
La tierra al nuevo sol? ¿Quién si la noche
Tiende su manto lóbrego, y el seno
De olimpo con mil lumbres centellea,
De un horror melancólico y sublime
No se siente ocupar? ¿Qual es el pecho
Que en férvido entusiasmo no se agita
Al mirar de su cárcel desatarse
Los aquilones, que azotando el polo,
Que agitando la mar, tremendos braman,

Y estrago y noche y tempestad lanzando
Estremecen el orbe en sus furores?

¡Oh tú infeliz, que en tu insensible pecho
Jamas probaste el sentimiento hermoso
Que estos quadros magníficos inspiran!
Tú solo puedes despreciar grosero
Al Genio que los pinta; y si la suerte
Avara de tu bien negó á tus ojos
El conocer la luz, y á tus oidos
El sublime placer de la armonía,
Calla: ¿qué harán tus importunos gritos?
Mostrar patente tu ignorancia obscura,
Y hacer odiosa tu fatal dureza.

Entra, amigo, en tí mismo, y las dos fuentes
En tí hallarás del arte encantadora
Que debes admirar; fuentes eternas
De do su gloria y su poder descienden.
Mira el espejo rutilante y puro
De tu imaginacion, que en su grandeza
El mundo todo, el universo entero
Sin contenerse en límites abarca:

Contempla luego la inexhausta hoguera
En cuyo fuego las pasiones arden,
Y el sentimiento sin cesar se ceba;
Y asi como en su curso van los rios
Deslizando hácia el mar sus claras ondas,
Ondas que de él en vagarosas nubes
Saliéron ya; verás la poesía
Del corazon y mente descendiendo,
Al corazon y mente arrebatarse.
En vano intentas resistir: tu oido
Su acento ganará; tu fantasía
Poblarán sus imágenes hermosas:
Y al volcan de su fuego y su vehemencia
Tu corazon ardiendo, vendrá el punto
En que vencido, arrebatado sigas
El carro triunfador de su alta gloria.

Tal será su poder: tal siempre ha sido:
Si lo niegas, pregunta al universo,
Sus fastos lo dirán: ve la violencia
Con que el torrente de los siglos corre,
Anonadando en su fugaz camino
Hombres, naciones: los imperios crecen,

Y otros imperios que á su vez se elevan
Crecen, y llegan, y los tragan, y huyen,
Como impelidas de los éuros frios
Huyen las nieblas, sin dexar sus alas
Huellas ningunas por el ayre vago.
Pues el Genio inmortal de la armonía
Venció tanto furor: la faz del mundo
Trastornada se ve, y él resonando
En medio á tanta ruina, hasta la esfera
Los ecos lleva de su noble acento,
Y el hombre absorto de placer le admira.
¿Oyes el nombre del social Orfeo
Entre aplausos aún? ¿oyes qual suena
La trompa heroyca del cantor de Aquiles,
Y estrellarse en su nombre las edades,
Añadiendo en su honor nuevos troseos?

¡Vivid, padres del canto! ¡almas sublimes,
De la tierra esplendor! ¿No sois vosotros
Los que admirando el universo, y llenos
De inmenso fuego al contemplar las leyes
En que el órden se asienta, arrebatados
De sagrado furor en vuestras liras

El amor, la virtud, el bien cantabais,
Y de los hombres la rudez pulisteis?
Helos qual tigres respirando ciegos
Estrago y sangre, con fatal crueza
Entre sí devorándose, y feroces,
Solos, desnudos habitar las cuevas,
Que dió natura á los agrestes brutos:
¡Mísera humanidad! Padres del canto,
Venid: á vuestra plácida armonía
El hombre sorprendido alza la frente,
Y ledo mira al sol: ya en sus entrañas
Arde el amor; esposo, padre, amigo,
Hombre es ya en fin; en sociedad se anida,
Y el cielo alegre á su ventura rie.
¡Vivid, padres del canto! no la tierra
Tan ingrata será, que al hondo olvido
Dé la memoria de los faustos dias
Que vuestras bellas fábulas recuerdan. [8]
No la dará: si vuestros nombres mueren,
Será allá quando el mundo hecho pedazos
En el estrago universal esconda
Los nombres que sus ámbitos llenáron.

Y este precioso don, que al arte un dia
Debió la especie entera, en todos tiempos
Le goza el hombre. Dime: allá en tu infancia,
¿Quién suavizaba y de risueñas flores
De la instruccion la senda te cubria
Sino su halago? Sus grandiosos himnos
Te elevan al olimpo, sus canciones
Te inundan de placer en tus festines.
Y abate luego, si á abatir te atreves,
La grandeza del Genio que elevado
En generoso vuelo arde, y te lleva
Á ansiar, llorar, á suspirar consigo,
Á amar y á aborrecer; que yo entre tanto
Al ver los mundos que á su arbitrio crea,
Un numen bienhechor en él bendigo,
Y hombre de un hombre en el grandor me elevo.

¿Serán tal vez sus formas agradables,
Y la eterna beldad de que se ciñe,
Las que en su oprobio á declamar te incitan?
¡Hombre feroz! en tu fatal dureza
Arranca al prado su vistosa alfombra,
Su verdura á los árboles, y nunca

Las auras templen el fogoso estío.
¡Ay! harto amargo de la vida el caliz
Es al hombre infeliz, para que esquivo
Tambien le niegues el escaso nectar
Que á veces baña de placer sus horas.

Y no siempre su honor la poesía
Fundó en el muelle acento y blando halago.
En los objetos frívolos que ahora
Por nuestra mengua sin cesar la emplean.
Si es que los ecos bélicos te agradan,
Si los hórridos cantos de Tirteo
Aun quieres escuchar, vuela conmigo
Al campo de Mesenia, y en él mira
Á los hijos de Esparta desmayados
Volver la espalda al desigual combate.
Y escucha de repente como truena
El canto de la guerra, y qual discurre
De fila en fila mortandad nunciando,
Y ahuyentando el temor: mira encenderse
Con sus versos enérgicos airada
La indignacion violenta, y de la patria
El amor sacrosanto, á cuyo nombre

Ó morir ó triunfar los héroes juran.
„Pues os preciais de descender de Alcides,
Amigos, alentad: ¿qué os acobarda?
Sabed que nunca la oprobiosa fuga
Escudo fue contra el rigor del hado.
Con hombres como vos es el combate:
¿De qué temblais? marchad: hermosa vida
Os dará la victoria, eterno nombre
Si en la lid pereceis el tiempo os guarda." [9]
Y al belísono acento enfurecida
La muchedumbre intrépida se arroja;
Salta, acomete, y el horror, y el fuego,
Y la muerte espantosa, que silbando
Del dardo y lanza en el acero vuela,
Nada son á su ardor; lucha, porfia;
Á sus pies los soberbios baluartes
Húndense, y el laurel de la victoria
Ciñe la patria á su robusta frente.

¡Ay! los sagrados venerables dias
No son aún en que se torne al canto
Su generoso y sacrosanto empleo.
Pero ellos brillarán: yo, caro amigo,

Ya entonces no seré: nunca mi acento,
Hirviendo de entusiasmo, en grandes himnos
Se podrá dilatar, que grata escuche
Mi patria, y que en la pompa de sus fiestas
El coro de los jóvenes los cante,
El coro de las vírgenes responda,
Y el eco lleve mi dichoso nombre,
Y todo un pueblo con furor le aplauda.

¡Oh tú, qualquiera que en mejores dias
Por don del cielo de mi pátria seas
El solemne cantor! ¡tú á quien guardada
Tan alta gloria está! yo te saludo,
¡Oh afortunado espíritu! y te adoro:
Vuelve, te ruego, la dichosa vista
Al fango vil, de que á salir en vano
Aspira mi ambicion. No, sus esfuerzos,
Sus débiles esfuerzos no podrian
Durar, llegar á tí. ¿Qué serán ellos
Si con tu excelsa elevacion se miden?
Escucha empero los aplausos mios,
Que vuelan á mezclarse á la alabanza
Con que tu siglo ensalzará tu nombre;

Y recibe estas lágrimas ardientes
De despecho y de envidia, que mis ojos
Al contemplar en tí vierten ahora.

En tanto pues que afortunado llega
Este tiempo, nosotros, dulce amigo,
Demos nuestro desprecio á la insolencia
Del poderoso, que en su pompa hinchado
Vincula en ella sus virtudes todas:
Démosle al vil que ante sus pies se abate,
Y aquella frente que le dió el destino
Para mirar al sol hunde en el polvo:
Mas no suframos que los bellos dones,
Tesoros del espíritu, se vean
Escarnecidos nunca. Abandonemos
Tan delirante empeño á la ignorancia,
Ó á la mediocridad, que insulta y muerde
El bronce de la fama, en cuyos ecos
Jamas el mundo escuchará su nombre.

Á LA HERMOSURA.

Quando en la flor de mis risueños dias
Mi vista hirió tu luz, dulce Hermosura,
¡Oh como palpité! ¡como mi pecho
Te amó, te idolatró! Tú numen fuiste
Que desplegar hiciste
El vuelo de mi voz; tú presidias
De mi cítara al son, que entonces era
Mas bien el eco de las ansias mias,
Que el eco de tu gloria: exènto ahora
De temor, de deseo, y de esperanza,
Que aceptes pido con afable agrado
El tributo que rindo á tu alabanza.

¡Oh si al formar tu vencedor traslado,
Benigno el cielo la apacible tinta
Me diera con que el dia en el oriente
Nace á inundarle en cándidos albores!
¡Los hermosos colores
Flora me diera con que adorna y pinta
Al soberbio clavel su altiva frente!
Diérame de su seno la fragancia,
Y la bella elegancia

Que gentiles los álamos despliegan,
Quando las lluvias del abril los mecen,
Quando las lluvias del abril los riegan.

Á tu nacer testigo
El orbe se recrea,
Que tanto llega á florecer contigo:
Y te contempla en tu halagüeña cuna,
Como al morir el dia
Mira el recinto de la selva umbría
La incierta luz de la naciente luna.
Mírate amor alborozado: y lleno
Ya del poder que en esperanza siente,
Yo bañaré con mi esplendor su frente,
Soberbio exclama, y con mi ardor su seno.

Crece: que el lirio y la purpúrea rosa
Tiñan tus gratos miembros á porfia:
El sol de mediodia
La lumbre encienda de tus ojos bellos;
Que el tímido pudor la temple en ellos:
La esencia de las flores
Tu dulce aliento sea,

Y á velar tus encantos vencedores
Baxen en crespas ondas tus cabellos.
En tu nevado seno
Empiecen los amores
La primera á gustar de sus delicias;
Tu pie en la danza embellecer se vea,
Y tu cándida mano en las caricias [10].

Diosa de la beldad, alza la frente,
Mira tu gloria; al contemplarla el sabio
Despide de su mente
La grave austeridad: la indiferente
Desmayada vejez siente que inflama
Tu viva lumbre sus cenizas frias,
Y suspirando exclama,
¡Ah! ¡quien volviera á los floridos dias!
Mientras que ansiosa, arrebatada y ciega
La juventud á oleadas
Corre, y se agolpa tras de tí, y á oleadas
Su tierno afan á tributarte llega.

¡Que nube de esperanzas y deseos
Te halaga en derredor! ¡que de suspiros!

¡Quantos amores! Y soberbia, y fiera,
Sin ver, ni agradecer, sigues hollando
La apacible carrera
Sembrada de placer y ornada en flores;
Tras tu carro de triunfo arrebatando
Los míseros despojos
De tantos amadores,
Que al son de su cadena
Bendiciendo tu luz cantan su pena.

¡Dichoso aquel que junto á tí suspira,
Que el dulce nectar de tu risa bebe,
Que á demandarte compasion se atreve,
Y blandamente palpitar te mira! [11]
¡En fin triunfaste, amor! ¿Quál es la gloria
Que iguale en su contento
Á tan bella y magnífica victoria?
Mira al mortal que devoró los dones,
Los ricos dones suspirados tanto,
Qual se agita impaciente, estremecido,
De vanidad henchido,
De gozo inmenso, de inefable encanto.

¡Y no es eterno, ay Dios! ¡y llega un dia
En que del albo seno,
Cansada la hermosura,
Lanza al amor! amor la embellecia:
Él su semblante de expresion bañaba,
Él gracia la inspiraba y bizarría;
El mundo la veia,
Y qual templo de un dios la respetaba.
Y ora apagando la sagrada antorcha
Sus alas tiende amor, y huye gimiendo
De la vana inconstancia y la falsía,
Que su altar profanáron,
Y la alma fuente del sentir cegáron.

No asi en tí se cegó, quando á la tierra
Exemplo dabas del amor mas puro,
Heloisa infeliz. ¿Quál fue la mano
Que despiadada y dura
Hundió en ese recinto pavoroso,
Morada del horror, tanta hermosura?
Y respondes: „Mi amor:" ¿Quién por tu seno
Dilató de tan bárbaros dolores
El amargo raudal? „Mi amor." ¿Un tiempo

No llegará en que espire
El nombre de Abelardo en tus clamores,
De que el eco se llena,
Y en esas anchas bóvedas resuena?

„No lo sufre mi amor: mira los dias
Qual pasáron por mí: su triste huella
Marchitó mi beldad, sin que un instante
Viese templar la inapagable llama
Que me consume. Feneció mi amante
Sin fenecer mi amor; sus restos frios
Son sin cesar bañados
De ardiente llanto, y de lamentos mios.
Déxame en ellos inundarme: el cielo
Este solo placer es el que ha dado
Á mi infelice suerte.
Déxame mi dolor: quando la muerte
Venga á librarme del horror del mundo,
Entonces ¡ay! en mi postrer momento
Abelardo dirá con hondo acento,
Abelardo mi labio moribundo."

Asi sus ayes lastimeros hienden

De siglo á siglo, y sus agudos ecos
En lástima y amor el pecho encienden.
Rosas y mirtos á su tumba, y llanto,
Llanto mas bien; las lágrimas que vierto
Al mismo tiempo que mi voz la nombra,
Son dulce ofrenda á su adorable sombra.
¿Tanto vale el sentir? ¿Á tanto alcanza
Su divino poder? Ojos hermosos,
Sabed que nunca pareceis mas bellos,
Sabed que nunca sois mas poderosos,
Que quando en vos se mira
El vivo afan que el sentimiento inspira:
Sin él ¿qué es la beldad? flor inodora,
Estatua muda, que la vista admira,
Y que insensible el corazon no adora.

AL SUEÑO.

Tú, mudo esposo de la noche umbría,
Ó padre del sosiego,
Sueño consolador, ¿por qué te niegas
Á mi lloroso ruego?
¿Por qué á mis sienes con piedad no llegas?
Y no que lento y vagaroso bates
Lejos de mí tu desmayado vuelo,
Y esparces en el suelo
La niebla del balsámico rocío,
Con que el dolor serenas,
Y el vivo afan de las acerbas penas.

Duélete, ¡oh sueño! al contemplar las mias:
Suspende ¡ay Dios! suspende
Por un momento el velador cuidado,
Y en él tu velo vaporoso tiende.
¿No bastan, di, para penar los dias?
Mi espíritu rendido
Á tanta agitacion, mi triste pecho
De palpitar cansado,
Y en ansia y fuego el corazon deshecho

Tu celestial venida
Imploran ¡ay! á restaurar mi vida.

Para obligarte, en vano
Mezclarme quise al alborozo insano
Del ruidoso festin, y la ancha copa
Henchí tres veces de espumoso vino.
Tres veces la apuré sediento y ciego:
Pero en mi yerta boca
Se heló la risa, y se tornó en gemido.
Y el ardiente licor que entró en mi seno,
En vez de dar á mi dolor reposo,
Raudal fue impetuoso
De hiel ingrata y ponzoñosa lleno.

Fácil un tiempo mi clamor oias,
Y blandamente en derredor volabas,
Y halagüeño doblabas
La gloria de mis dias,
Que tú en la noche á redoblar venias.
¡Oh ilusiones de bien! ¿donde habeis ido?
¿Tal vez á no tornar? Tal vez si ahora,
Ó sueño, has de venir, vendrá contigo

A atormentarme airada
Del bien perdido la doliente idea:
Mas ven, sueño, á mi voz, aunque asi sea.

Ven, que ya las dos osas
Al ocaso avecinan
Su refulgente carro, y presurosas
Las centellantes pléyadas se inclinan.
La luna fatigada
Se retira hácia el mar, y ya la aurora
Precipita la hora
Que anuncia en el oriente
Su trémulo esplendor. ¡Ay! vendrá el dia,
Vendrá, y mis ojos de velar cansados
Su luz no sostendrán ni su alegría.

¡Ríndete á compasion, sueño precioso!
Tu nectar delicioso
Mi triste frente halague,
Y blando, y dulce, y regalado vague.....
¿Me escuchas? ¡oh favor! ya desmayados
Mis sentidos fallecen,
Mis miembros se entorpecen,

Mis párpados se agravan,
Las penas mismas su inclemencia fiera
Con tu presencia acaban:
¡Quien de ellas libre al despertar se viera!

DESPEDIDA

DE LA JUVENTUD.

Plantas hermosas, que elevando al cielo
Vuestra frondosa cima
En dulce lobreguez bañais el suelo,
Piadosas acogedme, y vuestras hojas
Me den la obscuridad donde no sienta
Mi mente desolada
El vivo resplandor que el sol ostenta.
Él en eterna juventud luciendo
Vuela, y vuela sin fin: ¿qué son los años,
Qué los siglos ante él? Ruedan furiosos,
Y á contrastar su solio se amontonan;
Y en su feliz carrera
Nada marchita su beldad primera,
Todos su gloria y su esplendor coronan.

¡Oh quanta diferencia
Entre su fuerza y la flaqueza mia!
Sigue un dia á otro dia,
Y en su sorda inclemencia
Cada qual me amortigua, y me arrebata

Al término en que espira la alegría.
Vuelvo la vista, y angustiado miro
Yacer segadas de mi edad las flores;
Y la vida mostrárseme erizada
De espinas solamente y de dolores.

Tened ¡ay! compasion de mi amargura,
Que bien me la debeis, árboles bellos.
Decid: quando los vientos bramadores
Á la voz del noviembre se desatan,
Y sacudiendo frio,
En su furor horrísono maltratan
Vuestro verdor sombrío,
Y anunciandoos vejez de angustia os llenan,
Y á desnudez tristísima os condenan;
¿No sentis? ¿no llorais? y estremecidos
¿No os acordais de abril, quando halagüeñas
Las manos de natura engalanaban
Vuestras frentes risueñas,
Quando el aura os besaba con ternura,
Y los ojos distantes que os miraban,
Qual templos de frescura
Y asilos de placer os saludaban?

Tal de mi juventud y de mi gloria
Los venturosos dias
Se pintan tristemente en mi memoria,
Al tiempo que volando
Huyen lejos de mí, sin que mis ayes
Solo un momento detenerlos puedan.
Á Dios, divino amor, que desplegando
Las bellas alas de oro,
Me llevabas en ellas
Por senderos de flores,
Y el pecho y labio sin cesar colmabas
Del nectar celestial de tus favores.

Á Dios: la cruda mano
Del tiempo, á mis delicias enemigo,
Te arrebata consigo.
Y ¡oh quantos otros bienes el tirano
Me arrebata tambien! ¿Con que la risa
Huyó por siempre de los labios mios,
Y la fiel confianza de mi frente?
Mis ojos ¡ay! de lágrimas vacios,
¿Será que nunca á desahogar ya tornen
Mi triste corazon, y que se vean

De él por siempre alejadas
Las esperanzas que halagüeñas rien,
Las ilusiones que sin fin recrean?

Contigo ¡ó juventud! contigo nace
El entusiasmo ardiente
Que arrebata hácia el bien, contigo espira,
Y tras él la virtud mustia y doliente
Privar de fuerza y marchitar se mira.
¿Qué á tu ferviente anhelo
Cuestan jamas los sacrificios? Oyes
La voz de la amistad, sientes la llama
Del patriotismo que tu pecho agita,
Ó bien la gloria que en honor te inflama;
Partes entonces desalada, y corres
Impávida á tu fin: como en la selva
El volador caballo
Quando en dichosa libertad respira,
Orgulloso se lanza á la carrera.
El viento no le alcanza; y vanamente
Á intimidar su ardiente lozanía
Las ramblas y torrentes se presentan:
Las ramblas y torrentes acrecientan

Su generoso aliento y su osadía.

Y en vez de tantos dones
Como en mi tierno corazon moraban,
Y en su luz generosa me ensalzaban,
¿Qué ofreces á mi vida,
Obscuro por venir? El triste freno
De la prudencia, y su compás helado:
Mientras que derramando su veneno
La vil sospecha, asida
Del funesto puñal del desengaño,
En cada halago temerá un peligro,
Tras cada bien me mostrará un engaño:
Y roto el velo á la ilusion, el mundo,
Que pintado en tan mágicos colores
Á mi inocente espíritu reia,
Será de hoy mas á la tristeza mia
Yermo sin amistad y sin amores.

Morir fuera mejor: mas ¡ay! que abiertas
Ya á devorarme aspiran
De la siguiente edad las negras puertas.
La vista estremecida

Duda y se vuelve atras : deten la mano,
Y no de bronce la eternal barrera
Corras, que esconde mi estacion florida,
¡Dura necesidad! ¡Oye mi ruego!....
Mas no me escucha, y la corrió, y yo ciego
Sin poderme valer, desconsolado,
Del carro del destino arrebatado,
Á su imperiosa voluntad me entrego.

A ELMIRA.

¡Ay! ¡que el amor en sus venganzas fiero
Nunca perdona al corazon ingrato,
Que injustamente le ofendió primero!
Yo, atado á la cadena
De la austera razon, sigo gimiendo
Sus dolorosas huellas,
En tanto que las flébiles querellas
De mi adorada amante el ayre hendiendo
Dan en mi corazon..... Perdona, Elmira:
Si al fin venganza á mi impiedad deseas,
El amor te la da; mírale ardiendo
En rencorosa ira
Tornarse en furia, por vengar á Elmira:

Y decirme „¡ah cruel! ¿asi te alejas
Del tesoro de gracias y de amores
Que en ella te ofrecí, y á los dolores
Abandonada y sin piedad la dexas?
¿Qué mas lograr de mi favor debias?
Pura, inocente como la alba nieve,
Que en el silencio de las selvas yace,
Y el alto sol mirándola se embebe;

Jamas las palmas que la Arabia cria
Á competirla osáron
En fresca gentileza y gallardía.
¡Ah bárbaro! tú nunca
La mereciste; á Dios, queda entregado
Al desaliento mísero, y las penas
En que inhumano á la infeliz condenas.
Llegó tu vez, las fuentes se secáron
Del sentimiento en tí; vive, mas sea
Sin amor, sin placer!"
Perdona, Elmira;
¿Por qué tanto rigor? si hubo un instante
Desde la aciaga hora
En que te dixe á Dios, que no hayas sido
De aqueste pecho amante
Encanto celestial, reyna y señora;
Si hubo un momento nunca en que el olvido
Desvanecer pudiese
De tu amor inefable la memoria,
Que el aliento me falte que respiro,
Y de verte jamas pierda la gloria.

Como flecha del arco despedida

Por mi furioso frenesí lanzado
He corrido, he volado,
Salir ansiando en mi ligera huida
De este amor que me sigue encarnizado.
Vi la pompa soberbia que despliega
En su centro el poder; mi fantasía
Á su esplendor enagenada y ciega,
Las agradables horas recorria,
Quando á par de tus gracias y hermosura,
Pintada mi ventura
En tus celestes ojos yo veia:
¡Ventura que un monarca envidiaria!

Tal vez trepaba á la fragosa altura
De la encumbrada sierra,
Y allí insano vagando
Mis sollozos lanzaba y mis dolores
Debaxo de los árboles sombríos,
Al eco de los vientos bramadores,
Mientras las pardas nubes
Sobre mi frente atónita volaban,
Y á mis pies los torrentes se arrojaban.
¡Oh soledad sublime y turbulenta!

¡Quantas veces oiste el dulce nombre
Que mi amorosa boca repetia,
Y que en tus hondas cuevas estrellado
Á herir mi oido sin cesar volvia!
¡Quantas viste grabarle en la corteza
Del duro roble! ¡Quantas,
Cansado de mi vida y mi amargura,
Los precipicios hórridos buscaba
Á encontrar en su abismo sepultura!

Heme en fin á tus pies, triste, anhelando
De tu favor divino
Un rayo de alegría:
Tuya es mi vida, y tuyo mi destino:
Perdona, Elmira mia,
El error de un momento en que los cielos
Me han dexado caer, porque mas pura,
Mas acendrada mi pasion se vea.
Vuelve hácia mi tus apacibles ojos,
Que escrito en ellos mi perdon se lea;
Y que amor en sus iras menos fiero
Benigno admita al corazon ingrato
Que injustamente le ofendió primero.

EN LA MUERTE

DE UN AMIGO.

En este melancólico retiro
Do la indulgente soledad me abriga,
Y con su sombra amiga
Templa el horror en que infeliz respiro,
¿Qué fúnebres clamores
En confuso tropel hieren el viento,
Y vienen á mezclarse á mis dolores?
Callad, nuncios de muerte: ya mi pecho,
De palpitar deshecho,
No es bastante al raudal de la amargura,
Y el cáliz del dolor hasta las heces
Mi moribunda juventud apura.

¡Mísero! ¡quantas veces
Presente á algun festin, quando rodaban
Por la mesa las copas de Lieo,
Y en risa y en placer nos inundaban,
Mi espíritu asaltado
De un subito temor se estremecia,
Si alguno de nosotros pereciera

En mi interior decia,
Y una indiscreta lágrima corria
Que atajaba el deleyte en su carrera!
¡Presagio de dolor, ya estás cumplido!
Tendió la muerte sus horrendas alas,
Como buytre voraz cayó en mi amigo:
Y en él sus garras con furor clavando,
Á la honda huesa le arrastró consigo.

En vano, ¡ay Dios! en vano
El bello sol iluminando el dia
Derramará en el mundo
Su benéfica lumbre y su alegría:
De su seno frugífero y fecundo
En vano los tesoros
Ostentará la tierra:
¿Qué importa? á otros darán la dulce vida,
No al ser helado que la tumba encierra.

¡Con que será ya en vano
Clamar yo en el dolor: „álzate, amigo,
Ven como en otro tiempo á mí venias,
Quando las ansias mias

Templar lograban su amargor contigo;
Levántate á valerme!" Que insensible
Me negará su oido,
Inmóvil á mi voz, como esas rocas
Que rechazan mi lúgubre gemido.

Sí, que á nadie se atiende y se responde
En ese seno misterioso, donde
Lejos del mundo el infelice vaga.
Pero el mundo me oirá, y enternecido
Dará que satisfaga
Mi luto y mi deber..... ¡Oh lira mia!
Ven en mi afan á acompañarme, y demos
Á mi infeliz amigo
El canto de alabanza: que se vea
Su alma bella en mis versos retratada,
Que eterna al mundo su memoria sea.

¿Qué sirve, empero, recordar ahora
De su hermosa virtud la alta esperanza?
Quando el viento fatal de mediodia
De las arenas líbicas se lanza,
Y el seno de la Bética azotando

Con ala abrasadora,
La floreciente mies tala y devora;
¿Acaso la abundancia que esperaba
Podrá aliviar al labrador que llora?
¡Ah! ¡son tan pocos los felices pechos
En que se anida la virtud! ¡tan pocos
Aquellos en que enciende
Entusiasmo y valor!.... ¡Y un dia, un hora,
Un momento infeliz hunde en el polvo
La esperanza y delicias de los buenos;
Y los perversos viven y se rien,
De todo miedo y sobresalto agenos!

Huye pues, lira, de mi débil mano,
Ya que aliviarme en mi afliccion no alcanzas.
Dolor manda la muerte, y no alabanzas,
Dolor, y luto, y lágrimas: ¡oh amigos!
Venid, cercadme; y sosteniendo todos
Mi vacilante paso,
Hasta la tumba lúgubre lleguemos.
En ella plantarémos
Un funebre ciprés: mi amargo lloro
Le regará, mi diligente mano

Le hará crecer, y su enlutada sombra
Cubrirá la inscripcion que en letras de oro
Diga: *Al hombre sensible, al fiel amigo,*
Al exáltado por el bien..... Un dia
Vendrá que el pasagero,
Quando este triste monumento mire,
Sobre él contemple á la virtud llorando,
Y de respeto y lástima suspire.

¡Que de memorias, por doblar mi pena,
No avivará en mi mente
Este sepulcro frio!
El abril de su edad fue el abril mio:
Yo aquí sentado las alegres horas
Recordaré gimiendo,
Que de ventura y de placer bañadas
Tan deliciosamente nos riéron,
Y con él en la tierra se escondiéron.

¡Ay¡ ¿qué resta á mi vida, amigos mios,
Sino hiel y dolor? Tal vez la parca,
Que en él se probó á herirnos, inflexible
Ya la segunda víctima señala.

¿Quién de nosotros?..... ¿Y será posible
Que destinado á contemplar me vea
De unos y otros el fin, llorar á todos,
Y verme en todos acabar? ¡Oh muerte!
Ven á mí de una vez: tu horrenda saña
Descargue al punto la fatal guadaña,
Y no me guarde á tan acerba suerte.

A GUZMAN EL BUENO.

Ya con lira sonora
Himnos dí á la beldad hija del cielo,
Y á amor canté que sin cesar la adora:
¿Mas cómo al fin mi generoso anhelo
Podrá exáltarse de la hermosa fama
Hasta el templo inmortal? Ella me llama,
Y ya en mi pecho hierve
El canto del loor, sin que mis ojos
En esta suerte miserable vean
El grande objeto que ensalzar desean.

¿Cantára yo las haces españolas
En Pirene temblando al eco horrendo,
Con que Mavorte en rededor rugia?
¿Ó á las naves británicas huyendo
Nuestra mísera esquadra entre las olas,
Amedrentadas ya con su osadía?
No, España, patria mia:
No son eternas, no, las torpes huellas
Que de tu noble frente
Empañan el honor: tú en otros dias,

Con victorioso patriotismo bellos,
De gloria ornada y esplendor te vias.
¡Ah! ¿por qué yo infeliz no nací en ellos?

Entonces los Alfonsos esforzados,
El hijo de Ximena, y gran Rodrigo,
Rayos horribles de la gente mora,
Con sus nervudos brazos no cansados
Desolacion del bárbaro enemigo
Eran siempre en la lid espantadora.
¿Quién diera á mi deseo
Tantos lauros contar? Cada llanura
Fue campo de batalla,
Cada colina vencedor trofeo:
Los sitios mismos que el baldon miráron,
Miráron la venganza, y las afrentas
En torrentes de sangre se laváron.

Venid, venid, el Árabe decia,
Volad, hijos de Agár: ya los esclavos
El yugo intentan sacudir, que un dia
En su arrollado cuello
Vuestro valor indómito cargára.

¿Lo sufrireis? Las naves aprestemos
Y el ancho valladar, con que el destino
La Europa y Libia dividió, salvemos.
Venid, venid, que nuestra fiera saña
Estremecida España
Sienta otra vez: acometed, y abiertas
De Calpe y de Tarifa os son las puertas.

Mas no las puertas de Tarifa entonces
Al pérfido Julian obedecian:
El valor y el honor las defendian,
El honor y el valor que siempre fuéron
Escudo impenetrable el mas seguro.
¿Qué sin ellos valer el alto muro
Ni el grueso torreon jamas pudiéron?
El hombre es solo quien guarnece al hombre:
¡Oh pueblo numantino!
¡Oh sagrada ciudad de alto renombre!
¿Quién si no tu constancia te ceñia,
Quando las olas del poder romano
Sobre tí vanamente se estrellaban,
Y sus feroces águilas temblaban?

Tal Guzman impertérrito defiende
La fortaleza, en donde
Quebrada el Moro su pujanza via:
Que ataca en vano, y de furor se enciende,
Y truena al fin, con la espantable saña
De nube que se rompe
Con estruendo fragoso en la montaña.
„¿Asi será que la esperanza mia
Un hombre solo á contrastar se atreva?
Oye, Guzman: las leyes del destino
Esta prenda infeliz de tus amores
Á mi venganza diéron:
Hijo es tuyo, ¿le ves? si en el momento
Ante mis pies no allanas
La firme valla del soberbio fuerte,
Tú que le diste el ser, tú le das muerte."

Asi la iniquidad habla á la tierra,
Quando de orgullo y de poder henchida
Mueve á los hombres espantosa guerra.
¡Oh! ¡no tembleis! magnánima á su encuentro
La virtud generosa se levanta,
Y sus soberbios ímpetus quebranta:

Ella elevó á Guzman: de ella inspirado,
„Conóceme, tirano, respondia:
Y si es que espada en tu cobarde mano
Falta á la atrocidad, ahí va la mia:
Que yo consagro mi inocente hijo
Sobre las aras de mi patria amada."
Esto sereno dixo,
Y arroja al campo la fulmínea espada.

Y estremécese el campo, y da un gemido
Al vacilar la víctima, do esconde
Su punta aguda el inclemente acero.
Calpe con gritos de dolor responde
Al grito universal, y del guerrero
Tambien la faz vàliente
Brotando riega involuntario el llanto.
¡Ah! tú, padre de España, eras primero:
Mira qual ella la segura frente
Alza, y su numen tutelar te aclama:
Mira á tu gloria despertar la fama,
Que sus doradas alas desplegando,
Y sonando la trompa refulgente,
Los grandes ecos de tu nombre envia

Del norte al mediodia,
Del templo de la aurora al occidente.

Y esta soberbia aclamacion oyendo
De horror y espanto el Berberisco herido
Huye al mar confundido,
Entre sollozos trémulos diciendo:
„Huyamos ¡ay! á nuestra ardiente arena:
¿Cómo arrancar la tímida paloma
Podrá su presa al águila valiente
Del ayre vago en la region serena? [13]
Quiébrase el cetro á la africana gente,
Su trono se hunde, y la cruel venganza
Del Godo vencedor estrago y ruina
Contra el seno del Africa fulmina."

Asi temblando el Musulman huia
Del Espanol guerrero,
Que sobre él centellando revolvia.
Bien como quando su valor primero
Sorprendido el leon pierde, y se amansa,
Y en sí el oprobio de servir consiente.
¿Cómo á tan vergonzoso vituperio

La generosa frente
Pudo ya doblegar? ¿Do fue el espanto
Que dió á la selva atónita su imperio?
¿Nació quizá para vivir esclavo?
No, que llega su vez: y ardiendo en ira
Rompe, y se libra, y con feroz semblante
Del vil ultraje á la venganza aspira,
Bañando en sangre las atroces manos;
Y ruge, y amedrenta á sus tiranos.

Á LA INVENCION

DE LA IMPRENTA.

¿Con qué fin el destino
La trompa de la fama, hijos de Apolo,
Á vuestro aliento armónico y divino
Quiso entregar? El don de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria
¿Serán tal vez del nombre á quien daria
Eterno oprobio ó maldicion la historia?
¡Oh! despertad: el humillado acento
Con magestad no usada
Suba á las nubes penetrando el viento;
Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñis la frente,
Que vuestro verso enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.

No los aromas del loor se viéron
Vilmente degradados
Asi en la antigüedad: las sacras aras
De la invencion sublime,
Del Genio bienhechor los recibiéron.

Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con su fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivífica mies descubre al suelo;
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste tambien tú, que allá un dia
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,
Y trazándola en letras detuviste
La palabra veloz que antes huia? [14]

Sin tí se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos baxaban.
Tú fuiste: el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenia.
Tendió las alas, y arribó á la altura,
De do escuchar la edad que antes viviera,
Y hablar ya pudo con la edad fatura.
¡Oh gloriosa ventura!
Goza, Genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza, y los honores

Que á tu invencion magnífica se deben;
Contémplala brillar, y qual si sola
Á ostentar su poder ella bastara,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de sí, y el Rhin helado
Nacer vió á Guttemberg. „¿Con que es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase escribiéndole á dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento
En letargosa obscuridad se olvida?
No basta un vaso á contener las olas
Del férvido Oceáno,
Ni en solo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano.
¿Qué les falta? ¿volar? Pues si á natura
Un tipo basta á producir sin cuento
Seres iguales, mi invencion la siga;
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse."

Dixo, y la Imprenta fue: y en un momento
Vieras la Europa atónita agitarse
En aquel espantoso movimiento,
Con que estruendoso el viento
Estremece la tierra
Al agitar en sus profundos senos
El fuego asolador que allí se encierra.
¿Qué es del alcazar espantoso y fiero
Donde el Genio del mal entronizado,
Al universo entero
Con su cetro durísimo oprimia?
De siglos mil en el fatal olvido
El error, la ignorancia le fundáron:
Y la ignorancia y el error tembláron
Quando rompió el volcan, y á su estallido
Los soberbios cimientos vaciláron.

Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va, pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Asi torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra:
Su albergue en ella y su defensa hiciéron

Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada,
Rugiendo los exércitos rompiéron.
Despues abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva, aunque ruinosa todavia,
La aterradora faz que antes tenia.
Mas llega el tiempo, y la estremece y cae:
Al campo en torno oprime
Su rota mole, en tanto
Que es escarnio y baldon de la comarca
La que antes fue su escándalo y espanto.

¿Qué entonces ambiciosa
La inteligencia humana
Creyó negado á su feliz anhelo?
Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable antes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al dia.
Siente baxo su planta Galileo
Nuestro globo rodar: la Italia ciega

Le da por premio un calabozo impio;
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuosos
Á modo de relámpagos huyendo
Los astros rutilantes: mas lanzado
Veloz el Genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz, y hasta en la tierra
Cavar, y hundirte y sorprender la cuna
Del oro y el cristal? Mente ambiciosa,
Vuélvete en fin á mejorar al hombre;
Entra en esa magnífica carrera,
Y atrévete á pisarla toda entera,
Sin que la fuerza ni el poder te asombre.
¿Serán ellos bastantes
Á arredrarte? ¡Oh, jamas! Nunca las ondas

Tornan del Tajo á su primera fuente,
Si una vez hácia el mar se arrebatáron:
Las sierras, los peñascos su camino
Se cruzan á atajar; pero es en vano:
Que el vencedor destino
Las impele bramando al Oceáno.....

Triunfa asi Europa, y de esplendor ceñida
En trono incontrastado
Los ámbitos del orbe señorea.
No será ya que el septentrion helado,
Que los senos del Asia hirviendo en gente,
Vomitando su inculta muchedumbre
Sobre el triste occidente,
La luz eclipsen, la razon profanen,
Exerciendo su bárbara costumbre:
Como quando feroces, sacudidos,
Un pueblo de otro pueblo, en fiero estruendo,
Los tigres de la Scitia se arrojáron,
Y en sed de guerra y de furor ardiendo,
De Rómulo el imperio devoráron.

¿Y qué? ¿se mezclarán en mis loores

El crudo Marte y la feroz Belona?
¡Oh Guttemberg! perdona,
Perdona; otra victoria, otros mayores
Dones viniste á derramar contigo.
¡Ah! ¡que alcanzarlos yo dado me sea!
¡Paz, bien universal, dulce armonía,
Mi espíritu os saluda, y se recrea
De tan bella esperanza en la alegría!
Mientras el alto numen que me enciende
De vuestra dulce inspiracion henchido
Á la region olímpica se eleva,
Y en sus alas flamígeras me lleva.

Abre el destino las ferradas puertas
De su inviolable templo; el velo espeso
Que á los mortales débiles encubre
Lo por venir, se rompe,
Y á mis ojos atónitos descubre
Quanto será.... ¡Oh placer! No es ya la tierra
Ese planeta mísero en que ardiéron
La insaciable ambicion, la horrible guerra.
Ambas rugiendo para siempre huyéron:
Y amor y paz el universo llenan;

Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus ámbitos resuenan;
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los ayres tiende,
Y la serenidad y la alegría
Al orbe que defiende
En raudales benéficos envia.

¿No la veis? ¿no la veis? ¿la gran coluna,
El hermoso y eterno monumento
Que á mi admirada vista centellea?
No son, no, las pirámides que al viento
Levanta la miseria en la fortuna
Del que renombre entre opresion grangea.
Ante él por siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el orbe á Guttemberg tributa;
¡Breve homenage á su favor inmenso!
¿Pues qué honor, qué loores
Bastar podrán al inventor divino
Del arte celestial, que ante los hombres
Á la aurea perfeccion abrió el camino?
¡Gloria á aquel que la estúpida violencia

De la fuerza aterró, sobre ella alzando
Á la alma inteligencia!
¡Gloria al que en triunfo la verdad llevando,
Su influxo eternizó libre y fecundo!
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

Á UNA SEÑORA

EN OCASION DE HABÉRSELE PRESENTADO UNA OBRA DE ESCULTURA CONSAGRADA Á SU BENEFICENCIA.

Fiel la amistad á tu presencia ofrece
Este apreciable monumento, en donde
La reverente gratitud te adora:
Él tu dulce atencion humilde implora,
Y una mirada de favor merece;
Pues llega á tí, como al olimpo sube
Por manos inocentes enviada
De grato incienso vagarosa nube.

Pudo el cincel representar la gloria
De tu belleza, el poderoso halago
De tus ojos por siempre abrasadores,
Y tu triunfo ostentar y tus victorias
De las gracias en medio y los amores.
Mas era la amistad quien le guiaba:
Ella dixo al artista: de tu mano
Un monumento singular espero,
Donde el Genio del bien solo respire:

Que de Alba la deidad en él se mire:
Y que por él eternizada sea
La bondad celestial inagotable
Que su apacible corazon recrea.

Y agradóse el cincel en su tarea,
Que al fin en ella á consagrar no aspira
Aquellos hijos del poder, que triste
La tierra siempre y con terror admira.
Ellos del arte á profanar se atreven
El Genio creador, quando en su gloria
Mandan tallar los mármoles y bronces
Para eterno blason de su memoria.
Óyelo el arte esclavizado, y gime,
Y obedece. ¿Qué importa? el humo negro
Que sus atroces crímenes exhalan,
Allí fétido vaga: allí se escuchan
Los ayes tristes que lanzar hiciéron,
Aquel honor que sin pudor violáron,
Aquella fe que sin cesar mintiéron,
La maldicion del mundo, que oprimia
Su insolente ambicion..... ¡Ah! vanamente
Los esconde la tumba: ellos quisiéron

Su fama eternizar; su fama vive,
Mas es de eterna exêcracion cargada:
Y si la tierra á su pesar los nombra,
Ó bien de oprobio y de baldon los cubre,
Ó bien gimiendo y con dolor se asombra.

¡Oh! ¡quan diversa suerte, amable amiga,
El cielo á tí te preparó! tu cuna
La humanidad y la amistad meciéron,
Y en tí encontráron sempiterno abrigo.
Creciste: tu poder y alta fortuna,
Qual raudales de bien, siempre se viéron
Llevar el gozo y la piedad consigo.
¿Cómo ó de donde tan sublimes dones
De tu nombre á la pompa se hermanáron?
La pompa siempre de soberbia henchida,
Solo á temor y humillacion convida;
Tú á agradecer y á amar. Dígalo el eco
De ansiedad y dolor, con que tu nombre
De labio en labio sin cesar volaba
En estos tristes dolorosos dias
Que la dolencia por tu ser vagaba:
Quando como serpiente ponzoñosa,

Por tus entrañas débiles corriendo,
El mal las devoraba, y tú gemias.
Las noches sucedian á los dias,
Los dias á las noches: y el esquivo
Dolor triunfaba de tu endeble vida,
En su violencia atroz siempre mas vivo.
Huye ¡oh muerte cruel! De aquí destierra
Tu faz odiosa y tu inclemente saña:
Hiera al perverso tu fatal guadaña,
Vengando de él á la ultrajada tierra,
Y perdona á su encanto..... Oyólo el cielo,
Y el arte, que solícito empleaba
Á par de tí su infatigable anhelo,
Calmar pudo al dolor: la parca airada,
Que feroz amagándote ya estuvo,
Cedió, y la mano en tu exterminio alzada
Á su voz imperiosa se detuvo.

Vives en fin, y conservada fuiste
Al amoroso llanto y los suspiros
De la amistad, á los fervientes votos
Del agradecimiento: ¡ah! si á la suerte
Plugo en tal riesgo separar la hora

Que á tu hermoso vivir última sea,
Arrójela bien lejos: y que entonces
Sereno, sin dolor, sin agonía,
Se parezca el momento de tu sueño
Al dulce obscurecer de un bello dia [15].
Morir es ley universal: no hay nadie
Que su sentencia redimir consiga;
¿Pero morimos, adorable amiga?
No: nuestro cuerpo, que la tierra esconde,
Vive y da vida; nuestra mente vive,
La del sabio en sus libros, la del bueno
De sus acciones en el grande exemplo:
La virtud recordándolas se eleva;
Gloria es su nombre, su memoria un templo.

Así vivirás tú: quando trocada
La suerte de los pueblos, que ahora deben
Á tu amoroso esmero su ventura,
Sientan soberbia á la opresion su azote
Sobre ellos extender: ¡oh quantas veces
De tí se acordarán! ¡quantas postrados
Ante este grupo adorarán tu imágen,
Y dirán ¿donde estás? ¿quál fue la mano

Que de tu amparo nos privó? Y gimiendo,
Y en llanto triste el pedestal regando,
Exclamarán: „¡oh Dios! si ella viviera
Cesára nuestra mísera amargura,
Lloráramos tal vez; y el llanto fuera
De dulce gratitud y de ternura."

NOTAS.

1 *Fragmentos de una traduccion del Pastor Fido.*

La justa reputacion que goza en nuestra literatura la bella traduccion del Aminta por Jáuregui, me hizo en otro tiempo buscar con ansia la del Pastor Fido de Christóbal Suarez de Figueroa, que en la opinion general gozaba de igual crédito. Hallado que hube el libro, me desengañé de que los elogios que se le daban eran sin conocimiento, y solo por seguir el testimonio del autor de D. Quixote. La traduccion de Figueroa, á pesar del voto de Cervantes, que segun todo el mundo sabe, no era escaso en alabanzas, es generalmente muy inferior al original. Entonces fue quando me viniéron deseos de trabajar una nueva version, que empezada con bastante calor, y sin consultar mis fuerzas, fue despues interrumpida por haberme sobrevenido otras ocupaciones harto diferentes. Los trozos que van al principio de este libro son los restos mas considerables de aquel trabajo, en que procuré, segun mis alcances, seguir la misma marcha facil y abandonada del original. Yo deseo á la literatura española una buena traduccion del Pastor Fido. Ninguna lengua puede desempeñarla tan bien como la castellana, como lo prueba la felicidad con que Jáuregui traduxo el Aminta.

2 ..... *Y un defecto*
Quitar con otro, y aumentarle acaso!

El Sátiro añade aqui en nueve versos la pintura circunstanciada del modo con que las mugeres se raen el bello, valiéndose de un hilo cruzado. Esto, como un objeto poco agradable en español y en italiano, se ha suprimido en la traduccion. Guarini, imitando la escena del Sátiro que hay en el Aminta, se sale de los límites que su modelo le prescribia; y de un trozo puramente bucólico se permite hacer una vehemente sátira del sexo. Sin duda el título de tragicomedia que dio á su Pastor Fido puede disculpar semejantes exágeraciones; pero á veces son extremadas, y es preciso confesar que si la libertad y negligencia con que Guarini procede han dado ocasion á muchas bellezas, la han dado tambien á muchos desaciertos.

3 *¿Morirá la infelice*
Sin hallar compasion?.....

Dunque morir dovrò
Senza trovar pietà?.....

Estos eran los versos que cantados por aquella muger singular hacian gemir á los oyentes, y triunfar la música en el teatro. El canto de la Todi producia una agitacion, un delirio que solo puede compararse á las grandes conmociones populares, y que hacia creibles

los prodigios que nos cuentan de la música antigua. ¿Donde está su sucesora? Podrá tal vez hallarse una actriz dotada de mejor figura, de voz mas delicada, de execucion mas fina; pero que cante en el teatro y desempeñe los papeles primeros de una ópera seria como la Todi, quizá se pasarán siglos sin encontrarla.

4 *Sagrado autor de la familia mia!*

Noble et brillant auteur d'une triste famille....
RACINE.

5 *Dixo, que Homero sea,*
Y Homero nace, y resplandece el dia.

Imitacion del epitafio siguiente que Pope hizo para el gran Newton. *La naturaleza y sus leyes estaban escondidas en el seno de la noche: Dios dixo, que Newton sea, y apareció la luz.* No es necesario advertir que esto mismo es imitado de la sublime expresion del Génesis.

6 *¿Y una tabla sutil ser vuestro escudo?*

No me puedo negar al gusto de citar aquí estos bellos versos de una oda moderna á la expedicion de Colon.

..... *Al puerto, amigos,*

Sus, corred y volad, que allá os espero.
Dixo, y se abrió delante
El tormentoso piélago sonante.
Dixo, y la nave la salóbre espuma
Cortando va en silencio.....

Entre esa tabla delicada y fragil,
Y el inconstante mar incierta vaga
Tu vida. Escucha el impetuoso estruendo
De las olas al cielo levantadas,
Bramar los vientos, retemblar el polo,
Y tu fin anunciando
El trueno pavoroso retumbando.

¡Que poesía! y se admira mas quando se sabe que es una composicion hecha en menos de veinte y quatro horas, sin libros ni auxilio ninguno, en una oposicion á la cátedra de Poética del Real Seminario de Nobles de Madrid. Su autor D. Francisco Sanchez no deberá defraudar á la literatura española de las esperanzas que ha hecho concebir por esta y otras pocas obras suyas que se conocen.

7 *¿Fue desprecio tal vez?*

En general todo desprecio afectado contra qualquiera de las ramas que componen el árbol de la sabiduria humana, quando no es producido por resentimientos personales ó por circunstancias momentáneas, denota po-

ca extension de espíritu. La naturaleza es el objeto de las investigaciones de todos los que estudian; los poetas se han encargado de pintarla con los versos á la imaginacion, y nada hay en este fin de pueril ó despreciable. Si ellos han aplicado la Poesia á objetos frivolos ó viles, esta ya no es culpa del arte, sino de los hombres; y por desgracia no hay ramo ninguno de conocimientos en que los que los cultivan no hayan dexado huellas de la miseria y debilidad humana.

8 ..... *En sociedad se anida,*
Y el cielo alegre á su ventura rie.

Orfeo domesticando los salvages de la Grecia, Anfion levantando al son de su lira las murallas de Tebas, y otras fábulas de esta clase, son alegorías visibles de la incontestable influencia que ha exercido la Poesia en la civilizacion de los hombres. Se puede consultar en este punto la grande obra del *Mundo primitivo del sabio Court de Gebelin, en el Genio alegórico de los antiguos, art.* 7, §. 5; y el *Orígen de los conocimientos humanos de Condillac, secc.* 1, *cap.* 8.

9 ..... *Eterno nombre*
Si en la lid pereceis, el tiempo os guarda.

Los pensamientos de estos versos estan sacados de los antiguos fragmentos atribuidos á Tirteo.

10 Esta estancia es una traduccion libre de un pasage de Dupont de Nemours en el Dialogo entre los dos principios.

11 *Heureux qui près de toi pour toi seule soupire,*
Qui jouit du plaisir de t'entendre parler,
Qui te voit quelquefois doucement lui sourire!
Les Dieux dans son bonheur peuvent-ils l'egaler?
Oda de Safo traducida por Boileau.

12 Este pensamiento es de una muy bella oda elegiaca de Klopstok inserta en la traduccion francesa de las Poesias de Osian.

13 *Del ayre vago en la region serena.*

Cervi, luporum praeda rapacium
Sectamur ultro, quos opimus
Fallere et effugere est triumphus.
HORACIO.

Quando en estos últimos tiempos las bellas artes han preconizado la accion de Guzman, se ha disputado mucho sobre su verdadero mérito. Unos la degradan por la ferocidad de las costumbres del siglo en que aquel heroe vivia: otros dan la mayor parte del esfuerzo que debió costarle, á la vanidad ó á la indignacion del mo-

mento. Yo en calidad de poeta he podido muy bien no considerar este hecho sino por su buen aspecto, y mirarle como un sacrificio sublime consagrado á la patria, que entonces peligraba. ¿Pero no podria decirse que este espíritu de crítica llevado sobre las acciones que se elevan de la esfera comun, puede contribuir á que sean menos todavia de lo que son? Los estados perderian ciertamente en ello; porque es indudable que muchas veces su salud depende de este heroismo ó vanidad extraordinaria, llámese como se quiera.

14 *¿La palabra veloz que antes huia?*

Foenices primi, famae si creditur, ausi
Mansuram rudibus vocem signare figuris.
LUCANO.

El jesuita Brebeuf en su traduccion francesa de la Farsalia expuso felizmente estos versos, aunque con alguna libertad, del modo siguiente.

C'est de lui qui nous vient cet art ingenieux
De peindre la parole et de parler aux yeux,
Et par les traits divers de figures tracées
Donner de la couleur et du corps aux pensées.

La ocasion de haberse compuesto este ensayo poético en elogio de la invencion de la imprenta, fue haber leido las líneas siguientes en el artículo *Arte* de la

Enciclopedia. „Hagamos en fin á los artistas la justicia que se les debe. Bastante se han cantado á sí mismas las artes liberales: ellas podrian ya emplear su voz en celebrar á las artes mecánicas, y en sacarlas del olvido donde las preocupaciones las han tenido tanto tiempo." Con efecto, ademas de la invencion de la imprenta, que ofrece otros mil aspectos por donde poder considerarse, la de la pólvora, la de la aguja náutica, y algunas otras, son objetos que pueden enriquecer la Poesía de una infinidad de bellezas originales.

15 *Al dulce obscurecer de un bello dia.*

Rien ne trouble sa fin, c'est le soir d'un beau jour.
LAFONTAINE.

Se han manifestado en estas notas las fuentes de algunas imitaciones, no por el vano deseo de ostentar erudicion, que seria muy pueril hallándose en manos de todos los libros á que se refieren, sino porque no es justo adornarse de joyas agenas, sin confesar á quienes pertenecen.

EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1802.